

En el corazón de la tormenta retrógrada: la disputa sobre la globalización

Alberto Hidalgo Tuñón. Universidad de Oviedo (España).

Recibido 21/07/2025 • Aceptado 30/08/2025

Resumen

El autor representa el presente histórico como una fase de *contracción sistólica* dentro de ciclos civilizatorios de aproximadamente cuarenta años, aplicables también al desarrollo del conocimiento científico. Así, la coyuntura actual —marcada por el auge de liderazgos autoritarios y una deriva ultraconservadora— se entiende como una «marea retrógrada» que alcanza su punto crítico en el horizonte de la idea de globalización. Idea que ha sido fetichizada y por tanto reducida a una categoría económica neoliberal, ocultando su carácter ontológico y dialéctico. Esta sinécdoque, consolidada tras la caída del bloque socialista y el «consenso de Washington», ha servido tanto para justificar políticas de mercado desreguladas como para alimentar expectativas ideológicas contradictorias. Al tiempo, genera falacias conceptuales y bloquea una comprensión crítica del presente.

Se reivindica en consecuencia el análisis filosófico de la globalización como idea, sujeta a tensiones, resistencias territoriales y contradicciones internas. En cualquier caso ningún ciclo histórico se impone de forma total, con lo que existen posibilidades de resistencia y transformación.

Palabras clave: contextos determinantes, ciclos temporales, filosofía de la ciencia, sociología del conocimiento, globalización, fetichización.

Abstract

At the heart of the retrograde storm: the dispute over globalization

The author represents the historical present as a phase of *systolic contraction* within civilizational cycles of approximately forty years, also applicable to the development of scientific knowledge. Thus, the current situation—marked by the rise of authoritarian leadership and an ultraconservative drift—is understood as a «retrograde tide» that reaches its critical point on the horizon of the idea of globalization. This idea has been fetishized and therefore reduced to a neoliberal economic category, obscuring its ontological and dialectical character. This synecdoche, consolidated after the fall of the socialist bloc and the «Washington Consensus» has served both to justify deregulated market policies and to fuel contradictory ideological expectations. At the same time, it generates conceptual fallacies and blocks a critical understanding of the present.

Consequently, the philosophical analysis of globalization as an idea, subject to tensions, territorial resistance, and internal contradictions, is advocated. In any case, no historical cycle is imposed completely, so there are possibilities for resistance and transformation.

Key words: Determining Contexts, Time Cycles, Philosophy of Science, Globalization, Fetishization.

En el corazón de la tormenta retrógrada: la disputa sobre la globalización¹

Alberto Hidalgo Tuñón. Universidad de Oviedo (España)

Recibido 21/07/2025 • Aceptado 30/08/2025

Algunos amigos y compañeros me han animado para que publique mi tesis doctoral presentada hace más de treinta y cinco años. Los motivos son muy variados. Mis antiguos alumnos de Teoría de la Ciencia como Román García, Marcos García Rovés o Nacho Fernández de Castro ven en los capítulos iniciales un sucedáneo de mis clases, cuyos apuntes conservan y que querían editar por su cuenta. Algunos asistentes a los congresos de Historia y Metodología de las Ciencias de Oviedo en los años 80 se interesan por el retrato sociológico de la época que nos tocó vivir. Pero el principal impulsor de esta tarea, Jorge Juan Manrique, que lleva años trabajando editorialmente el original, siempre lo consideró interesante para su trabajo administrativo en la organización municipal, en la que actualmente es coordinador de programas europeos en el Ayuntamiento de Avilés. Para él la oportunidad de publicarla ahora tiene que ver con el destacado papel que en mi tesis tiene el administrativista Herbert Alexander Simon (1916-2001), Premio Nobel de Economía en 1978, por haber sido, entre otros méritos, uno de los padres de la IA (inteligencia artificial), que ocupa hoy el centro de la escena de la innovación tecnológica. La entrevista que sirve como prólogo a esta edición se focaliza toda ella en esa dirección.

Sin embargo, desde el punto de vista de los contextos determinantes, que es a lo que he dedicado la mayor parte de mi tiempo profesional, el principal descubrimiento de mi tesis es la existencia de *cierto ritmo temporal* en el proceso civilizatorio por lo que concierne al conocimiento científico, a saber: cada cuarenta años aproximadamente se produce una suerte de latido que produce un cambio de la expansión a la contracción y viceversa. No hay nada sorprendente en esta alternancia entre expansión y

¹ Se ofrece la introducción a la próxima edición del libro de Alberto Hidalgo Tuñón, *El Leviatán burocrático: la organización de la ciencia y la ciencia de la organización*. Oviedo, Eikasía, 2026. Por cortesía del autor y de la editorial.

contracción, que aparece en toda realidad viva, como un latido de sístoles y diástoles o como un proceso respiratorio que permite la ventilación a través de inspiraciones y expiraciones. El hecho de que para medir este ritmo tan amplio de sístoles y diástoles, que en economía había descubierto ya Nikolai D. Kondratieff (1892-1938) como *fluctuaciones* en fases de desaceleración de la economía, recesión, recuperación y expansión, pueden ser seguidos, por lo que al conocimiento se refiere, usando el termómetro externo de la teoría de la ciencia como disciplina autónoma en la que se reflejan esos cambios estructurales más profundos.

Una cosa es acumular los datos, los hechos, los acontecimientos relevantes y otra muy distinta interpretarlos, para lo que resulta imprescindible acudir a criterios epistemológicos y, en ocasiones, ideológicos. A este respecto siempre he citado con respeto reverencial los versos de Rilke cuando recurre al animal para protegerse de los ángeles y de los hombres: «Y ya los animales con la sagacidad del instinto se percatan de cuán inseguros y vacilantes son nuestros pasos a través del mundo interpretado» (Rilke, 1968: 113). Pues bien, aunque la tesis culmina hacia 1990, tras la caída del Muro de Berlín, episodio coyuntural que anunciaba convulsiones en el último ciclo pluralista y de optimismo social que venía escalando desde el final de las ortodoxias en 1960, no permitía, salvo imprudencia profética, dictar el final del ciclo que sólo se produciría, siguiendo la pauta pulsante, hacia el año 2000. Nada se decía allí del siguiente ciclo que arrancaría hacia el año 2000 y que debería caracterizarse por una *contracción sistólica* de corte conservador que duraría hasta 2040. Utilizando la metáfora del ciclo cardíaco con las matizaciones de las ondas largas de Kondratieff que permitirían afinar el modelo por lo que se refiere a los momentos de transición, la tesis caracteriza la transformación de la problemática epistemológica clásica arrancando de los antecedentes en el siglo XVIII en una década precisa entre 1830 y 1840 que es el momento de nacimiento de la teoría de la ciencia como disciplina autónoma, según mi propuesta que sigo considerando bien fundada. En este punto funciona con precisión milimétrica la dialéctica entre el *contexto histórico cultural determinante* y las *figuras institucionales determinadas*, que se condensan en obras específicas relevantes de B. Bolzano, A. Comte y W. Whewell, a los que debemos las tres estrategias investigadoras

fundamentales: la deductivista, la positivista y la inductivista (y a cuyos fundadores he dedicado artículos específicos²).

Al igual que la economía que se desarrolla en una serie de etapas que se repiten cíclicamente alternando momentos de expansión científica (diástoles) con momentos de concentración sistemática (sístoles), el desarrollo de las ciencias sigue el mismo patrón. Llamo *fase de consolidación* al primer periodo que va de 1840 a 1880, momento sistólico porque se produce una concentración de las distintas tradiciones nacionales que coinciden con las estrategias metacientíficas que habían aparecido en el momento de nacimiento bajo la inspiración del positivismo. En cambio, caracterizo con el término *proliferación* al momento diastólico de expansión y multiplicación de las estrategias metacientíficas que se producen entre 1880 y 1920. Del mismo modo que Schumpeter acude a estadísticas sobre precios, tipos de interés, salarios, producción y consumo en varios países para justificar la tesis de los ciclos, en la fase diastólica de proliferación se verifica también por una extraordinaria multiplicación de obras de teoría de la ciencia en varios países de referencia, que son, por cierto, los mismos países desarrollados de los que tenemos datos y a los que acuden los economistas. La siguiente fase sistólica, que se caracteriza como *período de universalización* ha sido tan rotunda que muchos historiadores consideran la época que va de 1920 a 1960 como el momento fundacional de la propia teoría de la ciencia. Confunden así el proceso burocrático de profesionalización académica de la disciplina en la Universidad, con el establecimiento de cátedras, departamentos y sistemas cerrados de acceso, con la generación o nacimiento de las investigaciones en dicho campo que la historia permite establecer bastante antes.

La distensión diastólica que desplegamos en el periodo final que termina obligatoriamente en 1990 se designa bajo la expresión genérica y abierta de *planteamientos* para no comprometernos en un cierre finito de estrategias que podrían confundirse con la matriz clasificatoria que desarrollamos en otro apartado. En realidad, a lo largo de la década de los noventa la proliferación metacientífica se ha distendido tanto que los problemas del conocimiento comienzan a ser categorizados en el marco de los estudios interdisciplinarios de CTS (ciencia, tecnología y sociedad), lo que rompe definitivamente con la rígida compartimentación operada en el periodo

² V. Hidalgo Tuñón (2003, 2005, 2007).

de las grandes síntesis paradigmáticas y convierte la teoría de la ciencia en una disciplina mucho más amplia que desborda los *contextos de justificación* lógica. Como investigador activo en los *contextos de descubrimiento* desde la sociología del conocimiento, yo mismo he organizado varios cursos e incluso he publicado un manual al final de este periodo (Hidalgo y otros, 2001 [1999])³.

Hemos entrado en el siglo XXI bajo el signo de la *globalización*, que no sólo es un término aceptado y consagrado, sino que sirve para caracterizar la Modernidad al menos desde el «descubrimiento» o «incorporación» del continente americano a la historia universal. Naturalmente, la cuestión de fondo, desde la nueva perspectiva es ¿hasta qué punto puede explicarse el periodo actual que estamos viviendo desde la perspectiva de los ciclos civilizatorios? ¿Estamos viviendo en mitad del 2025 un periodo de presiones sistólicas hacia una concentración cada vez más intensa de índole conservadora? La actual marea retrógrada representada por el triunfo de Trump en Norteamérica, el ascenso del fascismo de ultraderecha en Europa con las victorias de Viktor Orbán, Giorgia Meloni, Vladimir Putin; o la del genocida Benjamín Netanyahu en Israel, por no hablar de Javier Milei, Nayib Bukele, ¿no es síntoma inequívoco de que nos acercamos irremediablemente al corazón de una tormenta retrógrada de consecuencias imprevisibles? Lo peor de este diagnóstico es que faltan todavía quince años para salir de este ciclo (es decir, más allá de Trump). Lo mejor es que la uniformidad sistólica nunca ha sido completa ni está exenta de contradicciones internas que impiden su realización más siniestra.

De ahí que en este contexto resulte decisivo afrontar el significado de la Idea de globalización, porque si efectivamente el *contexto determinante* fuese ese proyecto global de uniformización terráquea las presiones sistólicas resultarían inevitables y tal vez, mortales de necesidad. Sobre este punto, sin embargo, creo haber avanzado algunas reflexiones de utilidad, después de la tesis, que aquí voy a reiterar limitándome a tres contribuciones ya publicadas. Antes, sin embargo, conviene advertir que, aunque el balance global de acontecimientos permita catalogar un periodo como sistólico o diastólico, una idea, de acuerdo con el principio de *symploké*,

³ En el marco de la SAF (Sociedad Asturiana de Filosofía), en la década de los noventa organicé varios cursos de CTS para elaborar materiales y formar profesores de la materia, dos de ellos con José Antonio López Cerezo.

nunca puede totalizar el conjunto completo de los acontecimientos de un período. Precisamente, y a diferencia de las categorías que tienden a cerrar operatoriamente mediante procesos de confluencia precisos, las ideas, al ser siempre *dialécticas* hacen referencia a núcleos de resistencia que no pueden absorber, lo que, como ya vio Kant, da lugar a antinomias, paradojas, paralogismos y contradicciones insuperables.

Por ejemplo, hace cien años, en 1925, pese al predominio de regímenes autoritarios en el mundo, tanto de derechas como de izquierdas, por ejemplo (Primo de Rivera en España, Mussolini en Italia, Stalin en Rusia, etc.), no había sólo presiones hacia la uniformidad (por ejemplo, la ley de partidos en Italia que dejaba al Partido Nacional Fascista como partido único; en Tennessee se prohíbe la enseñanza de la teoría de la evolución; en México se funda el Banco de México y la Iglesia católica mexicana para fomentar el nacionalismo, etc.), se producen acontecimientos que van en sentido contrario. Por ejemplo, Nellie Tayloe Ross llegó a ser la primera gobernadora mujer del Estado norteamericano de Wyoming, la Bauhaus de Gropius desplegó sus nuevas orientaciones arquitectónicas al instalarse en Dessau y el *Art déco* arrancó gracias a la exposición de París, lo que eclipsó la importancia de publicaciones como el *Mein Kampf* de Hitler o la novela *La señora Dalloway* de Virginia Wolf. La ambigüedad de los acontecimientos queda meridianamente reflejada en dos hechos ocurridos en 1925 que demuestran, a su vez, los límites del progreso científico respecto a sus contextos determinantes. Así, mientras en Tennessee el Profesor Thomas Scopes fue condenado judicialmente por enseñar la Teoría de la Evolución, en Los Ángeles Edwin P. Hubble demostraba empíricamente la expansión del universo. La opinión pública en España, a su vez, estaba centrada en la guerra del Rif, a cuyo desenlace contribuyó el famoso desembarco de Alhucemas, que provocó la derrota de Abd el-Krim ante la coordinación militar del mariscal Pétain de Francia con el dictador Primo de Rivera en España.

¿Cómo unificar tanta variedad y dispersión de acontecimientos bajo una advocación emblemática, si no es promocionando una *idea*? Cuando se interpreta, así pues, el término *globalización*, es obvio que se necesita profundizar en el trasfondo crítico de tal idea. Si rotulo esta introducción con dos títulos: «En el corazón de la tormenta retrógrada» y «Disputa sobre la globalización» es porque pretendo hacer compatible la tesis de que atravesamos un *ciclo de concentración retrógrada* de acuerdo con los

descubrimientos de mi tesis doctoral, con la crítica a los engaños ideológicos que subyacen en la fetichizada idea de globalización que sirve tanto para responsabilizar a los procesos de globalización de todos los desaguisados actuales del poder, incluyendo las estupideces del líder mundial Donald Trump, como para alumbrar las esperanzas de una distensión democrática sin límites. En el 2001 apareció en la revista *Tiempos de Paz* un monográfico sobre «Globalización y Pobreza» con artículos del teólogo suizo Hans Küng, los juristas Caterina García y Felipe Gómez Isa, Román García Fernández, Ignacio Carreras y yo mismo que escribimos desde la perspectiva filosófica de las oenegés, coordinado por el amigo congoleño Tshimpanga Matala Kabangu, quien hacía una reseña del libro de Küng, *Una ética mundial para la economía y la política*⁴. Imbuidos por el espíritu pluralista de la expansión democrática preconizada hegelianamente por Fukuyama y por los proyectos conciliadores de las resoluciones de la ONU, el número monográfico del Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad (MPDL) distinguía entre el salto cualitativo que suponía la tercera revolución industrial (electrónica, informática, robótica, biotecnológica, etc.) que propiciaban un desarrollo industrial sin precedentes del relato ideológico que le acompañaba como una sombra. Confiábamos entonces que otra *globalización* de signo ético, la de los *Derechos Humanos*, era posible.

Tanto Hans Küng desde el Parlamento de las Religiones, como Paul Kurtz desde la perspectiva laica y atea de la Academia de Humanismo, a la que yo pertenezco, promocionaban entonces una globalización de la ética. Aunque ambas tienen raíces kantianas, la *Declaración de interdependencia* no puede identificarse con el intento de sustituir el proyecto de *juridificación igualitaria de las relaciones internacionales* por una etización de la política internacional, bien bajo el rótulo de una *pax americana* determinada por la superpotencia estadounidense, bien bajo la ideología de la *guerra*

⁴ El índice del número es el siguiente: Hans Küng: «Luces y sombras de la globalización», 6-16; Alberto Hidalgo: «La globalización como fetiche», 17-30; Caterina García: «Globalización y desigualdad», 31-40; Felipe Gómez Isa: «Derechos humanos y globalización», 41-51; Román García Fernández: «Globalización, imagen y lógica del no», 52-62; Ignacio Carreras: «Por una globalización inclusiva y sostenible», 63-68. Tshimpanga Matala, además de la reseña del libro de Hans Küng, *Una ética mundial para la economía y la política*. Madrid, Trotta, 1999 (pp.111-12), presenta un texto sobre las mutaciones de la sociedad internacional titulada: «Sociedad civil y gestión política en África», pp. 69-80. V. MPDL (2001).

infinita contra el mal absoluto, denominado ahora *terrorismo*⁵. La historia de la discriminación racial y del esclavismo sigue pesando demasiado en el debe de EEUU para que sus proclamas sean creíbles, como se vino a poner de manifiesto hace bien poco con motivo, el huracán Katrina que abatió Nueva Orleans en 2005 y cuya patética reconstrucción mostró la desafección con que el gobierno federal trata a la población negra del sur. Esa misma desconfianza es la que llevaba a Küng a considerar la globalización económica inevitable por lo que, para poder gobernarla, era preciso que la política y la economía llegasen a un consenso *ético* global. ¿En qué se diferenciaban entonces los diagnósticos materialistas de los académicos ateos de las propuestas idealistas de los religiosos si ambos convergían en una propuesta ética kantiana similar? ¿Acaso se trata únicamente de convertir las tablas de la ley revelada por Dios en normas jurídicas de los Estados?

Creo que mi diagnóstico era más profundo porque consideraba que, aunque no estuviera marcada ideológicamente, la globalización funcionaba como un fetiche. Me parece que mientras las críticas de Küng al triunfo del capitalismo parecen conformarse con denunciar su lenguaje eufemístico, de modo que las fórmulas del teólogo coincidirían con los de la izquierda por usar el mismo lenguaje apocalíptico, las mías pretendían seguir la senda de Marx cuando denunciaba el fetichismo de la mercancía como fondo.

Es preciso ver con claridad —arguye Küng— la creciente pobreza y el miedo que se esconden bajo palabras biensonantes como *outsourcing* (traslado) y *downsizing* (reducción) (palabra usada en los años setenta para designar coches más pequeños y que en los ochenta comenzó a aplicarse a personas: *downsized, separated, unassigned people*). Que en 1980 se diga *You are fired* («te han disparado»), o en 1985 *You are laid off* («aparcado») o en 1990 *You are downsized* («regulado») o en 1995 quizá *You are rightsized* («reclasificado»), el resultado para el afectado no deja de ser la misma situación precaria.⁶

⁵ V. International Humanist and Ethical Union (1988). Una traducción parcial de esta declaración apareció en Hidalgo (1993: 142). Una traducción completa puede consultarse en el Apéndice. Jürgen Habermas parece intentar recuperar esta misma línea en 2004 (v. Habermas, 2024) en particular el capítulo 8: «¿Tiene todavía alguna posibilidad la constitucionalización del Derecho Internacional?» (pp. 113-187).

⁶ No es sólo que la administración Bush tuviese que defenderse de la acusación general de racismo por el retraso con que actuó en la tragedia de Nueva Orleans, sino que al año siguiente se publicó un informe sobre la discriminación racial que sufrieron casi 100 000 trabajadores en las tareas de reconstrucción (v. Browne-Dianis et al., 2007).

Es decir, Küng, al considerar el lenguaje como una máscara, sugiere que la base material, la economía, no es la responsable de la *explotación* laboral ni de la *precariedad*, sino que todo depende de un cambio de lenguaje en la dirección de los procesos, de modo que para orientar la globalización en la buena dirección bastaría cambiar el lenguaje. De este modo la posición de Marx sería *naturalista*, porque las relaciones sociales de producción no estarían por encima de la voluntad humana. Bastaría con la buena voluntad de los empresarios y los políticos.

Para mí, en cambio, lo más sorprendente de la globalización era que tanto sus partidarios como sus detractores le atribuían un poder fabuloso, extraordinario, casi sobrenatural. Por ejemplo, las predicciones catastrofistas que le atribuyen tanto los críticos de derechas (John Gray) como de izquierdas (Samir Amin) coinciden en el diagnóstico que Marx hacía respecto al «fetichismo de la mercancía». Al igual que la mercancía en el siglo XIX, la globalización se nos presenta hoy como la «forma fantasmagórica» de una nueva relación entre las cosas, en particular, las asociadas a las nuevas tecnologías, que tienen la virtualidad de ocultar a los hombres envueltos en su desarrollo las relaciones sociales realmente existente entre ellos. ¿No será ello debido a que el sistema de categorías desde las que estamos «pensando» el proceso de globalización sigue preso de la tradición ilustrada que compartimos con Adam Smith, Thomas Jefferson, Voltaire y Karl Marx? ¿No constituye la propia idea de globalización un horizonte para quienes, educados en instituciones y valores occidentales, somos incapaces de imaginar un futuro de la especie humana que no pase por la creación de una única civilización mundial? Y, si tal cosa ocurre, ¿hay alguna posibilidad de practicar una verdadera crítica de la *fetichización* de la globalización?

Lo que arguyo en el artículo de 2001 es que tras la fetichización de la globalización se oculta un *grave error conceptual*, que consiste en reducir una Idea filosófica general a una mera categoría económica: el proyecto neoliberal de la llamada *nueva derecha*, que logró imponerse en Gran Bretaña y EEUU en la década de los 80, y promovió la falsa idea de que el libre mercado autorregulado misteriosamente por una «mano invisible», soñado por Adam Smith, debería convertirse, una vez destruido el comunismo, en el auténtico horizonte de la humanidad para el próximo milenio. Sobre la base de esta *reducción* se forjó el «consenso de Washington», que hasta ahora sólo ha servido para confundir los términos mediante la falacia de identificar la parte con el todo y

manipular desde un conjunto de supuestos económicos falsos las distintas oficinas de la ONU, que en su día habían sido diseñadas con otros propósitos.

La primera tarea que tuve que enfrentar para entender las falacias de la globalización era deshacer este error conceptual. Pero ahí no acaba el asunto porque, si es cierto que el horizonte de la humanidad es la globalización, entonces el proceso de *contracción sistólica* no sería una fase más, sino un destino fatal, como diría Heidegger. Para evitar esta consecuencia metafísica hay que explicar por qué, si se trata de una idea que oficia de construcción ideológica, ha llegado a ser tan potente que quienes la estudian en lugar de refutarla se limitan a *reconstruirla* con contenidos diferentes. La fórmula «otra globalización es posible» obliga a ir más allá de la mera confrontación entre *categorías* e *ideas*. De ahí la necesidad de investigar hasta qué punto habría que darle la razón a autores como Michael Krupp cuando establece de forma crudamente ontológica (esencialista) que la «*Globalisierung ist eine Weltanschauung*» (Krupp, 2000). Ahora bien, dado que las cosmovisiones penden críticamente de las sociedades y culturas que las promocionan y a las que se acogen y que la plantilla humana se distribuye geopolíticamente en zonas y regiones que, cuando entran en contacto, dan lugar a complejas relaciones civilizatorias, sin que pueda excluirse *a priori* lo que Samuel Huntington llama el *choque de civilizaciones*⁷, parece obligado analizar estas relaciones dialécticas. Como quiera que el atentado de las Torres Gemelas del 11 de septiembre parece darle la razón y constituye la imagen más potente del comienzo de siglo que coincide con la inauguración del nuevo periodo sistólico, me vi obligado a matizar el significado de la globalización en este contexto en una tercera contribución que fue publicada en *Eikasía* en 2010 (Hidalgo, 2010).

Sucintamente referidas diré algo en esta introducción sobre estas tres cuestiones.

§ 1. Deshaciendo un error conceptual: la globalización como fetiche

La primera vez que tuve oportunidad de enfrentarme teóricamente a la globalización apliqué la distinción entre *categorías* e *ideas*, al objeto de evitar el reduccionismo economicista (Hidalgo, 2000). La fetichización del término es hija de tal

⁷ V. Huntington (1996). Es interesante la traducción de Carmen Trevijano del artículo original y los comentarios del arabista Pedro Martínez Montávez para Tecnos (Huntington, 2002).

reduccionismo, por lo que voy a repetir brevemente cómo la globalización tiene propiamente hablando un significado ontológico que desborda las distintas categorías (geográficas, tecnológicas, económicas, sociológicas, *massmediáticas*, etc.) en las que se materializa.

Se puede acordar con Vidal Villa (1996) y con los economistas que la internacionalización de la economía «es la culminación de un proceso histórico de expansión del capitalismo y el efecto de sus propias leyes económicas». Antes de que se pudiese de moda la literatura sobre globalización (que se ha convertido hoy en una etiqueta para caracterizar un supuesto «cambio cualitativo» de la sociedad) sabíamos ya que la economía había desbordado las barreras políticas de los Estados y se había dissociado de su base territorial. Quizá por eso los economistas han tenido ventaja a la hora de apropiarse y categorizar el término. Para unos, en efecto, la globalización supone un giro drástico, un *punto de inflexión* de consecuencias imprevisibles en el modelo capitalista, mientras para otros significa simplemente la *concentración centralista del capital* para manejar mejor la prestación de servicios a la periferia, potenciando un *desarrollo desigual*. La globalización, convertida en etiqueta de economía descriptiva, ha devenido argumento central de numerosos ensayistas para amplificar interesadamente las premisas económico-políticas desde las que ejecutan sus análisis⁸.

⁸ La disputa sobre la globalización se enconó hacia el 2000. Abundaban los textos descriptivos como el de Jacques Adda (1999), Guillermo de la Dehesa (2000) o el clásico trabajo didáctico del colectivo Mugarik Gabe Nafarroa (1997). Sin embargo, el debate sobre la globalización se había agriado en 1994, cuando la crisis de la economía mexicana se interpretó como un efecto de los peligros que encerraba la nueva situación globalizadora, en la que parece que son los mercados los que gobiernan, mientras los estados sólo gestionan. Esta tesis fue expuesta con claridad para el caso español por Joaquín Estefanía en *La nueva economía* (1996), y matizada en Estefanía (2000). Pero el debate adquirió tintes dramáticos tras las advertencias catastrofistas de los austriacos Hans-Peter Martin y Harald Schumann (1998) donde auguraban el derrumbe irremediable del Estado de bienestar a manos de gigantescas fuerzas económicas controladas por una minoría de notables multimillonarios que desde la revista *Forbes* habían lanzado ya el lema antimarxista: «¡capitalistas del mundo, uníos!». En línea parecida el citado Jonh Gray, catedrático de Oxford, denuncia en *Falso amanecer* [1998] que el mercado angloamericano capitalista, al extender sus tentáculos por el mundo, propiciará guerras, conflictos étnicos y pobreza masiva en contra de las optimistas previsiones del informe del Banco Mundial de 1995. En contra de esas visiones catastróficas, que han tenido un fuerte impacto en la izquierda europea, han aparecido una serie de respuestas socialdemócratas como la de Oskar Lafontaine y C. Müller (1998), pues la tesis de la globalización va ligada al diagnóstico de la pérdida de importancia del factor político y, por tanto, a la idea de que la alternativa socialdemócrata de intermediación entre capitalismo y comunismo había muerto con la caída del Muro de Berlín. Ulrick Beck (1998) distingue por ello entre «globalismo» y «globalización». Defensores del globalismo parecen ser los libros de Th. Friedmann, *Tradición versus*

Todo el mundo entiende con facilidad que cuando decimos que «el manco de Lepanto escribió *El Quijote*» no queremos decir que la condición de novelista genial se adquiere mediante la amputación del brazo derecho. No parece que en los talleres de escritura se recomiende la técnica de la amputación de brazos, del mismo modo que no es una práctica habitual entre los imitadores de Van Gogh cortarse una oreja. En cambio, es una práctica común designar con el nombre de *globalización* al *proyecto político* de la nueva derecha para implantar el credo de un *laissez-faire* liberal en todo el orbe terráqueo. James Petras afirma a este respecto, sin ambages, que la globalización no es más que un engañoso, un nombre retórico, una «máscara ideológica que disfraza el poder de las corporaciones de EE.UU.», por lo que procede comenzar a llamar las cosas por su nombre, dejar de hablar en clave y atacar al «imperialismo ascendente de EE.UU., que sólo mira por los intereses mundiales de sus compañías multinacionales» (Petras, 1999: 31 y ss.).

Ahora bien, en tanto que *proyecto político* tan globalizador era el fracasado intento de instituir un comunismo planificador planetario como este proyecto antitético de instaurar «el libre mercado global». Los programas de ambos imperialismos antitéticos (si se quiere, «depredador» el victorioso y «generador» el de la extinta URSS, para utilizar la terminología de Gustavo Bueno en 1999) remiten a la globalización, por lo que es fácil ver que esta es un proceso mucho más amplio, general y difuso que el proyecto actual de generar un mercado global único. La sinécdoque que se realiza cuando se identifica a la globalización con el mercado global único constituye una falacia conceptual. Y, si bien hay que darle la razón a Petras en el engaño que supone designar al «imperialismo americano» con el nombre de «globalización», hay que quitársela cuando cree que basta retirar el nombre de «globalización» para clarificar el asunto. Porque el problema es que el fetiche sobrevive al exorcismo y la crítica de reducir la globalización a un artificio nominal beneficia al capitalismo americano, si

innovación (1999), e incluso E. Luttwak, quien en *Turbocapitalismo* (2000) parece inclinarse por aceptar el globalismo con su carga de destrucción social antes de resignarse a la parálisis del sistema. La voz de alarma contra los excesos financieros de la globalización procedía de expertos en la materia, como el famoso capitalista George Soros (1999), que apelaba a Popper para defender a la sociedad abierta contra un excesivo globalismo, o Susan Strange, quien en *Dinero loco* (1999) exigía inventar «un nuevo tipo de política» para hacer entrar en razón al dinero, o el ya citado John Gray. En todo caso, había también una literatura más política y sociológica de la que eran buenos exponentes libros como los de Anthony Giddens, *Un mundo desbocado* (2000) y Andrés Ortega, *Horizontes cercanos* (2000).

sus propios críticos asumen que todo lo que sea la globalización es algo de su incumbencia que se limita a propugnar un mero asunto económico: el mercado global único. Esta es la gran estrategia propagandística del liberalismo económico con respecto al proceso de globalización y que les ha permitido apoderarse del relato mediante el control masivo de los medios de comunicación y de la tecnología de las redes sociales.

Una visión auténticamente dialéctica, por el contrario, debe comenzar reconociendo que del mismo modo que el proyecto comunista de globalización de la URSS no pudo ser realizado, pues desde el principio tropezó con las peculiaridades de las diversidades nacionales y culturales, amén de otras contradicciones internas (burocratismo, socialismo en un solo país, etc.), así también este proyecto neoliberal está tropezando no solo con la resistencia de los supervivientes del proyecto socialista rival, sino con fuerzas locales de resistencia, que se están amparando en la Idea filosófica no menos potente de *identidad cultural* y con las organizaciones no gubernamentales, que están utilizando la propia tecnología global para organizar una red de protesta (de Seattle a Praga y Barcelona, por no mencionar el Foro Alternativo de Porto Alegre, convertido hoy en el Foro Social Mundial (FSM) que se sigue celebrando como un proyecto alternativo) contra las imposiciones «supuestamente consensuadas» mediante las que el FMI, el Banco Mundial, la OMC apoyan la injusta implantación de un «libre mercado global».

Pero no se trata solo de un problema de hecho, sino de concepto. La razón última de por qué EEUU estaba ganando todas las bazas económicas en provecho de sus empresas multinacionales sin necesidad de exhibir su poderío militar más que para «supuestas» misiones de pacificación reside en que ha logrado convencer a sus «aliados» de que «democracia» es sinónimo de «capitalismo» y, por tanto, de que el «capitalismo democrático» por el que se rige su próspera nación es el auténtico soporte ideológico del libre mercado y el destino universal de todas las sociedades que aspiran a la realización de la felicidad para sus «súbditos» individualmente considerados. De esta manera se ha extendido la *ideología dominante* que identifica el viejo proceso de globalización universalista con el proyecto particular de una nación concreta, que se autoproclama como el modelo ideal a imitar y se autoconsidera el baluarte mundial de la defensa de las libertades y los derechos humanos. Cuando todas las naciones de la

tierra, proclamaba hegelianamente el ideólogo del Pentágono Francis Fukuyama, instauren un «capitalismo democrático de libre mercado» habremos alcanzado «el *fin de la historia*», el nuevo paraíso terrenal asociado ahora a la felicidad individual.

Así pues, la sinécdoque se ejecuta tanto a nivel de lenguaje, como en el ámbito de la realidad, pues la proclama de Fukuyama declarando el *fin de la historia* toma como *terminus ad quem* el *american way of life*, la democracia americana, como la única forma de vida vigente y operativa para servir de punto de destino a la humanidad. Así, la cultura estadounidense es el lugar al que toda sociedad bien constituida y desarrollada debe llegar. Evidentemente, Estados Unidos tiene argumentos para proclamarse como representante del espíritu liberal que ha fraguado Occidente, siendo así sus adalides y abanderados.

En primer lugar, cuando Estados Unidos comienza su proceso de independencia en 1776, lo hace con ventajas de toda índole, pues no era una potencia colonial, sino una colonia independizada, por lo cual no tenía la rémora de los viejos imperios coloniales.

En segundo lugar, proclama su constitución simultáneamente con las ideas revolucionarias que inspiraron la Revolución francesa; pero mientras esta se erige sobre las cenizas del Antiguo Régimen, tratando de generar un *Estado nacional* tan fuerte que es capaz de someter toda otra estructura y todo otro poder (en particular, el poder de la Iglesia, intentando convertir a los curas en funcionarios del Estado), la Constitución de Estados Unidos se ampara bajo un Dios deísta que es el Dios de todas las religiones y no excluye ningún credo, proporcionándole así una ventaja para una libertad religiosa sin conflictos.

En tercer lugar, los norteamericanos van a preocuparse exclusivamente de las cuestiones materiales sin ningún tipo de escrúpulos, lo que se traduce en una búsqueda incesante de la ganancia económica como fin último de la nación.

Y, por último, Estados Unidos es el modelo de democracia porque desde sus orígenes sus órganos de gobierno han sido elegidos por procedimientos democráticos y nunca ha tenido dictaduras, por lo cual exhiben la saga de sus presidentes electos en sus dólares como un pedigrí democrático indiscutible. Independientemente de la valoración que se pueda realizar de estos y otros argumentos que existan a su favor, lo cierto es que Estados Unidos todavía hoy se presenta como el modelo político a imitar por todos los Estados del mundo, al menos mientras el voluble presidente

actual, Donald Trump que aspira a ser un dictador, no destruya el relato tradicional y eche a perder esta imagen. Pero ¿no será Trump el verdadero rostro de EEUU?

No hay aquí ya sutilezas filosóficas. Si se acepta que el proceso de «globalización» es idéntico al proyecto político de instaurar un mercado libre global, tal como pretenden el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC), en los que Estados Unidos cuenta con mayorías cualificadas, entonces no es solo que implícitamente se esté aceptando, como dice Ignacio Ramonet (1996), que estos organismos internacionales, creados para servir a las naciones, «ejercen una verdadera dictadura sobre la política de los Estados». Lo que se está aceptando es algo más grave y más sutil, algo que las actuaciones unilaterales de Trump están poniendo al descubierto. Es cierto que los politólogos de la Casa Blanca niegan que haya dictadura sobre los Estados que comparten el mismo proyecto ilustrado y racionalista, por lo que lo único que estaría exigiendo Trump es más financiación para el proyecto. Y no les faltaría razón, si aceptamos identificar «globalización» con «capitalismo global», pero la dificultad que tienen ahora es que Trump ha renegado de la globalización y del proyecto ilustrado, entrando en una espiral de contradicciones, que le llevan al suicidio.

El problema de fondo más grave es que a los ojos de todo el mundo, sin el contrapeso de la antigua Unión Soviética, que mantenía un proyecto de globalización comunista alternativo, y los de Rusia y China hoy, los Estados Unidos siguen apareciendo como «la encarnación de los valores occidentales», como el «adalid de los Derechos Humanos» y, en consecuencia, como el auténtico director de orquesta capaz de armonizar en conjunto la única opción «natural» que resta para que triunfe el proyecto racionalista ilustrado, encarnado ya en la «revolución capitalista»: el libre mercado global. Puesto que la historia de la Modernidad ha significado la expansión de la cultura científica y tecnológica de Europa bajo la bandera de la globalización, a Estados Unidos le sigue correspondiendo todavía liderar el bloque de expansión de las naciones occidentales. Así suenan, en efecto, cuando se hacen explícitos, los presupuestos intelectuales que subyacen a la identificación del proceso de globalización con el proyecto político del *laissez-faire* global. Los acontecimientos del 11-S, que sirvieron de pantallazo mediático para abrir el ciclo sistólico actual no han hecho más que reforzar esa propensión a liderar al mundo «civilizado» ahora contra

el islam, como siguen empeñados en propugnar hoy Trump y Netanyahu con los últimos ataques a Irán para acallar (supuestamente) el conflicto milenario en Oriente Próximo entre árabes e israelíes.

Ahora bien, para deshacer esta falacia mediante la que se ha conseguido fetichizar la globalización, no basta ya, como hace finamente John Gray, denunciar «la pretensión de Estados Unidos de ser un modelo para el mundo» en razón de que tal pretensión «no es aceptada por ningún otro país» o con el argumento empírico de que «los costes del éxito estadounidense incluyen unos altos niveles de fragmentación social —de criminalidad, encarcelamiento, conflictos raciales y étnicos y de colapso de familias y comunidades— que ninguna cultura europea o asiática toleraría» (Gray, 2000: 273). No basta denunciar que Estados Unidos no puede ser un modelo de democracia cuando solo participa el 50% de la población (sin tener en cuenta los escándalos de las últimas elecciones, o el asalto al Parlamento) o que no puede ser modelo de igualdad cuando hay verdaderos guetos sumidos en la miseria y la pobreza, discrimina a la población negra y carece de sanidad pública, etc.; cuando *de facto* el país que lidera el mundo en estos momentos es el único régimen imperial realmente existente, cuyo poderío militar le permite arrogarse todas las bendiciones de Dios, la Gracia Divina y su apoyo absoluto. Este es el esquema de fundamentación que utiliza Estados Unidos para imponer sus modelos de vida en todo el mundo y llevar la sinécdoque a la que nos venimos refiriendo al plano ontológico, fáctico y político. Por más que los más optimistas afirmen que el modelo de civilización europeo es distinto del estadounidense y ambos están separándose cada vez más, de hecho, en cultura y valores, lo cierto es que sus intereses siguen coincidiendo y a EEUU le basta ya apelar a su poderío militar.

Algo más operativo en orden a evitar el equívoco de la sinécdoque global resulta denunciar empíricamente las consecuencias de las políticas que fomentan el libre mercado global sobre las poblaciones a las que supuestamente dicen beneficiar. Basta mostrar hasta qué punto los organismos de la ONU, lejos de regular el proceso de globalización, están demostrando ser una contradicción viviente que predica una cosa a través de los bellos textos del PNUD, la UNESCO, la UNICEF o la FAO, pero hace exactamente lo contrario a través de sus organismos operativos de índole económica

como el FMI, el BM, el GATT y, ahora, la OMC, las cuales inducen políticas que únicamente generan miseria y hambre. De ahí se deriva la crisis actual de la ONU.

Y de ahí también mi empeño por hacer un análisis filosófico de la globalización. Como *Idea filosófica*, la globalización general alude al proceso mediante el cual cualquier hecho, instrumento, conocimiento, producto, hábito, valor, etc., que se produzca en cualquier lugar del mundo es inmediatamente conocido y susceptible de reproducirse en cualquiera otra parte del mismo orbe. Pero no se trata de elogiar la velocidad como hace Virilio. Al margen de la asignación de precios o de la comercialización (cuya importancia no niego), lo que caracteriza a la globalización es la materialización del *principio ontológico*, según el cual *ningún acontecimiento puede darse aislado* sin tener, de alguna manera, mutua influencia con y sobre otros. De acuerdo con esta definición cabe asociar una multitud de características al fenómeno de la globalización, entre las que destacaré tres para abreviar. Se trata de rasgos básicos, que no se aplican solo a los procesos y productos económicos, por más que la ideología del *homo aequalis* occidental nos empuje a esta suerte de reduccionismo⁹:

a) La interdependencia o interconexión entre todos los sucesos es un rasgo ontológico general que enuncia la negación de la independencia o autarquía como principio contrapuesto. En este sentido, frente a la pretensión de los leibnizianos (*pace* Javier Echeverría con su *Telépolis*), la globalización sería un proceso esencialmente antimonadológico: «Nada hay en el mundo globalizado, que sea completamente independiente». Este rasgo se verifica realmente en el ámbito de la comunicación, donde hablamos de *intercomunicabilidad*, esto es, de la posibilidad recíproca de contactar instantáneamente con cualquier otro emisor/receptor. Es la negación del principio de Leibniz, de que las mónadas carecen de ventanas.

La interconexión, interdependencia e intercomunicación, en efecto, dan lugar a otra ontología distinta, cuya idea central *no es la de mónada aislada*, sino la de *red* con elementos o nudos entretejidos entre sí. Esta idea, más orgánica, es la que hay que

⁹ Desde un punto de vista antropológico Louis Dumont ha visto con sagacidad cómo la economía se ha convertido en la ideología general de nuestra época, tanto en el liberalismo como en el marxismo: «Debería ser evidente que no hay nada que se parezca a una economía en la realidad exterior, hasta el momento en que construimos tal objeto. [...]: la economía reposa sobre un juicio de valor, sobre una jerarquía implícita; la categoría supone la exclusión o la subordinación de cualquier otra cosa», Dumont (1982: 36 y 38).

explorar con más detalle para ver cuáles son los significados profundos de la globalización. Esto tiene mucha importancia porque el capitalismo, como tal, desde el punto de vista del liberalismo económico, ha sido prefigurado de acuerdo con una ontología leibniziana, como han visto, entre otros, Gustavo Bueno (1972) y Jon Elster (1975)¹⁰. El capitalismo supone la idea de que cada mónada, funcionando por su propio dinamismo interno, va a producir la armonía preestablecida, el mejor de los mundos posibles, un mundo perfecto; simplemente, haciendo que cada individuo esté funcionando internamente de acuerdo con su propia dinámica, intereses e instintos, sin preocuparse de los demás para nada. Este es el fondo ontológico del capitalismo que, evidentemente, exige una providencia divina, una «mano invisible» o una mónada universal que articule todas las mónadas, y que la globalización identifica con el «libre mercado». ¿No hay, pues, una contradicción ontológica entre globalización y capitalismo? Y si tal es el caso, ¿no hay cierta ingenuidad en la pretensión de J. Stiglitz de salvar el proyecto globalizador desde lo que él define como capitalismo *progresista* frente al *neoliberalista*?

Susan George, en *Informe Lugano* (2001), que es la última sátira de impacto contra la globalización, reconoce ese elemento ontológico. No obstante, la tesis de la ontología leibniziana como fondo metafísico del capitalismo no es nueva y está ya relativamente consagrada. Si se puede decir que el capitalismo posee una ontología, una esencia, sin duda es que el mercado es, con todo su alcance y extensión, armonioso y sabio, como Dios, también puede sacar bien de un aparente mal, pues de la destrucción saca lo mejor de la humanidad, esto es, el máximo equilibrio posible en su conjunto. Como dicen los expertos autores del informe de ficción que remeda al Club de Roma:

Ha llegado el momento de poner a prueba esta ontología; es hora de preguntar si los beneficiarios del libre mercado y del sistema liberal, incluidos los solicitantes del informe, están dispuestos a aceptar las consecuencias, aparentemente duras, de sus creencias.

¿Pueden el medio ambiente y la sociedad civilizada sostener las cifras actuales y las futuras? ¿Debe ser representada la cultura occidental por el 15%, después por el 10% y finalmente por el 5% de la humanidad? ¿Deben sacrificar su bienestar los individuos y las naciones más productivos en aras de unos dudosos beneficios para los menos productivos? ¿Deben renunciar a su autoridad los

¹⁰ El libro de Elster (1975) consistía en la publicación de parte de su tesis doctoral sobre Marx que le sirvió para acceder al puesto de profesor de Filosofía e Historia en la Universidad de Oslo.

países que ahora son poderosos? Éstas son las preguntas que nuestro análisis nos obliga a plantearnos a nosotros mismos y a los solicitantes. Por nuestra parte, la respuesta es «no» a todas ellas.

[Y prosiguen dictaminando:] Hemos dedicado mucho tiempo a abordar la posibilidad de que se produzca una quiebra ecológica y la anarquía social [...] del espejismo del Estado de bienestar universal y de la ilusión de la inclusión universal [...]. Como señaló Maquiavelo a los Medici, la opción es seguir siendo príncipe y hacer todo lo necesario para tal fin o dejar de ser Príncipe. No tenemos ninguna duda de que los solicitantes del Informe elegirán seguir siendo, por así decir, Príncipes. La gran pregunta, por tanto, es: «¿Qué hace falta para ello?» [George, 2001: «Las metas»]

El *Informe Lugano*, simulando irónicamente a los informes del Club de Roma, propone como primer objetivo reducir en una tercera parte el número actual de habitantes para estabilizar la población mundial en el año 2020 en unos 4000 millones, aproximadamente, que es la cifra demográficamente aceptable para asegurar bienestar para todos. El *Informe Lugano* no se refiere directamente a la globalización, sino que, «hablando científicamente» busca lograr que el capitalismo sobreviva en el siglo XXI. Ahora bien, si la globalización supone un cambio de ontología, entonces ¿cuál es el trasfondo ontológico que determina las actuales amenazas para la supervivencia del capitalismo (lo cual implicaría lógicamente la entrada en una nueva fase de la humanidad de la cual no sabemos nada)?

La dualidad básica de índole ontológica que está subyacente en las polémicas de la globalización, pero que casi nunca es mencionada, es la ruptura entre *ontologías continuistas* y *discontinuas*. Los desarrollos novedosos de la ontología continuista en nuestra época son aquellos que se plantean la posibilidad de que el sistema como un todo nos conduzca irremediabilmente a la catástrofe. Los *discontinuas*, en cambio, acuden a la mecánica cuántica para justificarse. Tal es el horizonte desde el primer informe del Club de Roma. Pero después de la catástrofe no se acaba todo, sino que la historia continúa. Lo que ha investigado la *teoría de las catástrofes* es que hay diversos tipos de crisis, que existen desastres constantes en el mundo, y que después de las catástrofes (que significan un *punto de ruptura*), topológicamente hay opciones y alternativas de diversa índole. Lo primero que habría que diagnosticar es qué tipo de crisis es esa que supuestamente se avecina con el advenimiento de la globalización, así como cuáles son las alternativas que se plantean después de la catástrofe; porque la historia continúa, y la *ontología continuista* explora las posibilidades que surgen

después de que ocurra la catástrofe. Este es el telón de fondo de índole ontológica que está detrás de la globalización.

Hay otros trasfondos de tipo gnoseológico y de tipo metodológico, ya que habitualmente, el especialista que se acerca al tema de la globalización realiza un esquema filosófico de carácter deductivo. El que analice la globalización desde una especialidad concreta (por ejemplo, la ingeniería de la comunicación) tiene que proceder inductivamente a partir de procesos de normalización, donde se observa cómo el método operativo que conduce a la globalización consiste precisamente en lograr la *homogeneización de los productos*. Operativamente, si tiene éxito, logra generalizar el proceso, pero desde esta perspectiva la cuestión de la interconexión se entiende más bien desde un punto de vista económico.

b) La *generalización* es ya un *rasgo gnoseológico específico* que afecta sólo a los acontecimientos, artefactos o artilugios que tienen éxito en un momento dado y adquieren dimensión planetaria, porque su uso se generaliza en todos los pueblos y culturas. Son específicamente las *tecnologías* (en tanto que técnicas sometidas a procesos de universalización científica y cierres categoriales específicos) las que cumplen este requisito gnoseológico y se han convertido en las pioneras de la globalización. No sólo las tecnologías de la comunicación cumplen este requisito, sino también mecánicas, electrónicas, químicas, médicas, incluidas las cibernéticas y la inteligencia artificial.

Este proceso va a generar muchos conflictos de toda índole. Ahora bien, cuando un producto tecnológico llega a generalizarse, también puede llegar a repartirse, y si alguien posee los conocimientos que permiten su fabricación, puede estar en igualdad de condiciones para plantar cara. Por ejemplo, ¿qué es lo que temía Occidente de Sadam Hussein para justificar el derrocamiento de su régimen en la guerra del golfo? En los años en que se produce el primer estudio sistemático sobre la situación actual del mundo (el de Jay Forrester que compila los datos de todos los organismos internacionales a los que antes aludíamos, que miden los recursos demográficos, energéticos, agrícolas, el estado de salud y educación, los grados de contaminación,

etc.)¹¹ ya era evidente la catástrofe. Más adelante, en los años 70, se realiza el *Informe Meadows* que, desde perspectivas neomalthusianas, prevé un colapso para el 2040. Una de las consecuencias más inadvertidas del *Informe Meadows* es que, mientras que la década de los 60 había sido la década del desarrollo para todos (también para los países de tradición islámica, donde se genera una burguesía que capitanea el proceso de desarrollo para sus propias poblaciones con éxitos de industrialización bastante aceptables), en los años 70 el *Informe Meadows* corta de cuajo todos los procesos de modernización, que hasta ahora se habían llevado a cabo. Y en el año 73 se produce la primera crisis del petróleo.

Algunos países árabes, como Irak, tuvieron éxito. Irak, con un régimen laico impuesto por Sadam Hussein, había logrado una industrialización aceptable del país, haciéndose vendedor y competidor efectivo en los mercados internacionales. Irak era utilizado contra Irán como fuerza de choque, y en un momento dado se convierte en una potencia peligrosa. El régimen iraquí, por seguir las directrices de los planes de desarrollo, invertía los ingresos del petróleo en bienestar social (a diferencia de los jeques árabes de Arabia Saudí, que lo despilfarraban o lo utilizaban ideológicamente para radicalizar el islam con la aprobación de la CIA), por lo que se convirtió en un mal ejemplo que había que erradicar. Así, la guerra del Golfo fue un castigo perfectamente planificado, impulsado por motivaciones de carácter económico y que no tenía nada que ver con el islam (ya que Saddam Hussein era un líder laico, como Nasser y otros, aunque se viera obligado por las circunstancias a arroparse en el islam y declarar la guerra santa).

c) La *homogeneización o normalización*, finalmente, constituye la regla operatoria que está permitiendo la extensión del proceso de globalización. Enuncia el principio metodológico según el cual se tienden a usar los mismos procedimientos o reglas para obtener los mismos fines (sistema decimal, métrico, código de la circulación, el euro, etc.). Un ejemplo típico de normalización en la industria armamentística es el calibre de la munición de los fusiles de asalto. En los últimos cuarenta años se han diseñado más de veinte modelos para dotar a las fuerzas de la OTAN y del Pacto de Varsovia,

¹¹ Jay Forrester (1961) inaugura el método prospectivo para hacer modelos prospectivos de ordenador para la identificación de futuros alternativos.

pero idénticos modelos están presentes en todos los conflictos (Corea, Vietnam, guerra de los Seis Días, invasión de Afganistán, guerra Irano-Iraquí, conflicto del Golfo, el de la ex-Yugoslavia, así como en guerrillas, narcotráfico, estrategias paramilitares, enfrentamientos tribales en África y Asia, etc.). La globalización de la tecnología armamentista nos pone ante una de las miserias más obvias del proceso y explica el éxito del tráfico de armas. Ocurre, sin embargo, que, aun siendo la técnica del armamento una realidad antropológica anterior a la categorización económica, la industria armamentista aparece como un fenómeno de relevancia económica. Por supuesto que existen muchos más ejemplos de homogeneización normalizada desde los cargadores de los móviles hasta los innumerables componentes de la industria automovilística. Pero el caso de la reducción de los calibres ejemplifica la ambigüedad de los procesos de globalización, porque no se trata sólo de matar, sino de crear problemas logísticos, ya que aumenta el número de bajas por heridos (disminuyendo los muertos instantáneos). Su importancia estratégica reside en que genera una sangría económica (instalaciones hospitalarias, personal sanitario, etc.) que, además de desmoralizar al enemigo, obliga a desviar sus recursos.

Pero no basta con eso para explicar por qué se han estandarizado y homogeneizado los calibres de munición de los Estados. La razón hay que buscarla en la existencia de organizaciones internacionales globales como la OTAN o, en su día, el Pacto de Varsovia. En las últimas décadas, la OTAN y países afines habían pasado del calibre $7,62 \times 51$ al $5,56 \times 45$ para evitar problemas tácticos; los soviéticos, que todavía empleaban el $7,62 \times 39$, habían iniciado un proceso de normalización similar antes del colapso de la Unión Soviética. Desde esta perspectiva, podrían mirarse las cosas al revés: ¿no será la globalización lo que ha terminado eliminando los bloques militares para evitar una guerra total y ha puesto al descubierto el hecho de que las verdaderas batallas se libran en el campo económico? ¿No sería eso lo que explicaría la estrategia de los aranceles de Trump como una guerra entre bloques comerciales? El incremento del lenguaje bélico en el mercado, las bolsas, el comercio o las finanzas parece denotar la imposibilidad de la *guerra de las galaxias*. La batalla se libra en el planeta Tierra, que es el horizonte de la globalización, aunque algunos millonarios iluminados sueñen que formarán parte de una humanidad extraterrestre.

Las miserias de la globalización tal vez provengan de la circunstancia de que el proceso en sí mismo no está marcado ideológicamente *a priori*. Se puede discutir si la globalización representa algo nuevo o si sólo está en pañales hasta que China e India entren a formar parte de las redes internacionales, o augurar la fragmentación de las variantes del capitalismo global, como sugiere Gray, pero cuando eso ocurrió ya no se puede dudar del carácter ambiguo, complejo e incluso contradictorio de sus manifestaciones. En los cuatro grandes campos categoriales por los que sucesivamente se ha ido extendiendo con más fuerza el proceso globalizador la ambigüedad es obvia. En economía, las ventajas iniciales que auguran sus profetas son interpretadas como trampas y fiascos escandalosos por sus críticos. La tecnología de la información (medios de comunicación, correo, televisión, etc.), cuyo santo profeta McLuhan asoció al advenimiento de la aldea global, es el terreno donde el proceso va por delante, abriendo camino, pero donde se suscitan más perplejidades, no sólo políticas (acerca del poder omnímodo de *los media* desde la Italia de Berlusconi a la movilización antidemocrática en Venezuela), sino ontológicas (acerca de la realidad «virtual» o de la virtualización de la realidad)¹². Ocurre con esta tecnología lo mismo que aseveran los restrictivistas que pasa con todas: son ambiguas. Tienen efectos deseables e indeseables.

Sólo en el mundo de los valores parece que la universalización de los derechos humanos arroja un resultado positivo neto. Pero tal vez eso sea un espejismo occidental y una mera sospecha acerca de que podemos estar encerrados en una suerte de etnocentrismo universalista, llamado «eurocentrismo», que ha provocado, a su vez, esa crisis de identidad postmoderna causante, según muchos, de la terrible esterilidad que acecha a los europeos actuales. Por el contrario, las obvias exageraciones de los

¹² H. M. McLuhan (1911-1980), sociólogo canadiense, que dirigió en Toronto hasta su muerte el Center for Culture and Technology, introdujo el método estructural de análisis de los medios de comunicación de masas que se resume en el principio «el medio es el mensaje», introducido en su obra conjunta con Quentin Fiore *El medio es el mensaje* [1967], precedida de *Comprender los medios de comunicación: las extensiones del hombre* [1964]. *La Galaxia Gutenberg* [1962] inaugura la Modernidad que termina con la Contemporaneidad nacida a la par que la utilización de la energía eléctrica. A partir de momento se restituye la voz (radio, teléfono, TV) en una experiencia más cotidiana e inmediata, que reproduce las condiciones de comunicación de la aldea. *La guerra y paz en la aldea global* [1968] narra cómo se superan las fronteras nacionales y los hombres y mujeres comienzan a sentirse ciudadanos del mundo, gracias hoy a las «autopistas de la información», las redes como Internet y los multimedia. Pero ¿qué mensaje nos da el medio natural en el que estamos viviendo y rodea nuestra pequeña «aldea global»?

ecofatalistas de los 60, han tenido la virtualidad de provocar nuevas sensibilidades respecto a la naturaleza, que han abierto una era de ecotecnología planetaria, asumida bajo el rótulo de «desarrollo sustentable»¹³ por gobiernos y multinacionales.

§ 2. La marea retrógrada del siglo XXI

That is the question. Cuando se contempla la globalización como un fetiche, se desemboca en el atolladero de la *alienación* que nos afecta como sujetos humanos. Por engañoso que resulte la generalización y homogeneización de las mercancías, porque las cosas ocultan las relaciones sociales, cuando hablamos de los derechos humanos y su universalización es difícil negar que la extensión de estos a todos los seres humanos genera disfunciones y cacofonías incompatibles con el actual proceso de *concentración sistólica conservadora*. De ahí que los adalides del conservadurismo no hayan tenido empacho alguno en renegar del discurso de la globalización cuando no sirve a sus intereses. Para proseguir con su estrategia depredadora manipulan, como de costumbre, el lenguaje. Ahora resulta que la globalización es *peligrosa* porque ampara valores *progresistas* e inclusivos contrarios a las ideologías nacionalistas y racistas más rancias. Es paradigmático el cambio que ha sufrido el término *woke* al respecto. Del significado originario en los años sesenta aplicado al ‘despierto’, al ‘consciente’ al que tenía capacidad crítica para entender las injusticias sociales y culturales y reaccionar contra ellas, ha pasado a ser usado *despectivamente* como una ideología agresiva y enemiga de la libertad por promocionar la cultura de la «cancelación», es decir, las reacciones de boicot a las empresas y personajes considerados portadores de valores tradicionales y rancios. Atacar a las empresas e ideologías retrógradas es para ellos luchar contra la libertad. No sin razón Isaiah Berlin (2004) advertía que «con frecuencia, la libertad de los lobos ha significado la muerte de las ovejas», por lo que

¹³ «Ya basta de suponer que los griegos son el origen de la individualidad, el humanismo, el pensamiento. Ya basta de soberbia ignorancia eurocéntrica; los griegos eran como niños para los egipcios; [...]. Pero ¿Cómo se puede afirmar que antes de los griegos no existía la dignidad humana, el pensamiento, o el individuo? ¿Acaso los hindúes no tenían el *atman*, espíritu inmortal e individual? Lo mismo en Egipto, como se lee en los tratados herméticos. ¿Acaso Imothep no era un individuo pensante? ¿Y la gramática de Panini, la filología de Patanjali? Pero reconocido esto, [...] a cada cual lo suyo y a Europa nadie le puede negar la creación de la revolución industrial, de la tecnología moderna, del sistema económico que ha sacado una parte del mundo de la miseria y del tedio», v. Racionero (1987: 132-133).

muchos amantes de la libertad carpetovetónica han recuperado el viejo dicho rural que mi amigo Salvador Centeno recitaba: «Vale más un día de lobo que mil de oveja», así como el «gusto por la fruta» en ciertos ambientes madrileños.

¿Cómo se ha producido esta inversión? Disfrazados de ultraliberales, los neoconservadores acusan a todos los que defienden políticas liberales y de izquierdas de fanáticos intolerantes y fascistas. Tras los atentados de las Torres Gemelas en 2001, transmitidos en directo a todo el orbe, se desató una desconfianza ante el islam y los musulmanes que llevó a muchos norteamericanos a perseguir las manifestaciones culturales de todos los inmigrantes. Hacia 2010, después de la burbuja inmobiliaria de las hipotecas «subprime» o «basura» que provocó no sólo una crisis crediticia, sino el hundimiento del banco estadounidense Lehman Brothers y la consiguiente quiebra financiera —para salir de la cual muchos gobiernos tras rescatar a los bancos con el dinero de todos, practicaron *políticas austericidas* que lesionaron no sólo a poblaciones vulnerables sino a muchos miembros de las clases medias—, la deriva retrógrada se afianzó también culturalmente. No parece una mera coincidencia que la crisis económica que llevó aparejada una brecha mayor entre ricos y pobres haya venido acompañada de una *polarización creciente* de las sociedades desarrolladas, en la que los adversarios políticos se han convertido en enemigos y en las que las batallas culturales han cobrado protagonismo gracias a nuevas técnicas, tecnologías innovadoras (como las plataformas y las redes sociales) y estrategias de manipulación personalizada, en las que quien tiene más medios de propaganda tiene más oportunidades para hacer triunfar su relato.

Pero la *marea retrógrada* de la fase actual no es un mero retorno a tiempos pasados. Hay varias líneas que van tejiendo una atmósfera sutil que impregna hasta la vida cotidiana. ¿Cómo es posible, si no, que personajes tan zafios, charlatanes de mercadillo o folloneros irresponsables como Donald Trump, Javier Milei o Bolsonaro hayan conseguido mayoría de votos en elecciones supuestamente libres? ¿Qué demoliciones mentales han sufrido tales electores y qué derrumbes institucionales han padecido los sistemas que los amparan en el siglo XXI? ¿Cómo es posible que Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía en 2001, a pesar de ser el economista más leído y citado en la primera década del siglo XXI, parece haber servido a Trump como muñeco del *pim, pam, pum* para marcar su supuestamente «revolucionaria» agenda? Que Stiglitz

demuestra que los aranceles causan incertidumbre, dañan la confianza del consumidor, conducen a la estanflación y erosionan la credibilidad de la economía, Trump responde desafiantemente sacando a relucir su tabla universal de aranceles para amenazar al mundo, con el supuesto propósito de hacer a EEUU más grande. Que Stiglitz enseña que los organismos internacionales (como sabe de primera mano al haber trabajado de vicepresidente y economista jefe del Banco Mundial entre 1997 al 2000), sobre todo, las instituciones financieras (FMI y BM) operan siempre para favorecer a los países ricos (en especial EEUU) a causa del sistema de representación que controla las votaciones, entonces Trump amenaza con «romper la baraja», desmantelando la USAID, encargando a Elon Musk de hacerlo, y tratando de abusar de la posición privilegiada que su país tiene en el resto de las instituciones internacionales.

Es cierto que la pelea de Trump contra el izquierdista *woke* Stiglitz parece enmarcarse en el enfrentamiento entre dos *modelos económicos alternativos*, ambos capitalistas y herederos del sistema de Bretton Woods, a saber: el modelo *neoliberal*, supuestamente no intervencionista y partidario de eliminar el Estado, para dejar funcionar «libremente» el mercado bajo el supuesto metafísico de la «mano invisible»; y el modelo progresista partidario de políticas intervencionistas para evitar disfunciones y desigualdades en el mercado de trabajo, la calidad del empleo y la distribución de la renta con la finalidad de proteger a las clases más desfavorecidas.

El neokeynesiano Stiglitz recibió el Premio Nobel de Economía, al lado de Akerlof y Spence en el 2001, por sus análisis de los mercados con *información asimétrica* y formó parte del *Informe* del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático que recibió el Nobel de la Paz en 2007. Sin embargo, su enfoque, muy pegado a la evolución real de la economía desde 1990 en adelante, no se atiene a ninguna de las ortodoxias tradicionales, sino que añade matices importantes para evitar la simplificación dualista entre una derecha que enarbola la bandera de la *libertad* y una izquierda que sólo se interesa por el valor de la *igualdad* y, a ratos, por el de la fraternidad. En su último libro planta cara precisamente a la derecha norteamericana ultraliberal, pero también la española, que se arrojan en la batalla cultural mediática el monopolio de la libertad (Stiglitz, 2025).

El neoliberalismo había ignorado las *externalidades*, pero con el cambio climático y la pandemia de la COVID-19, se evidenció que estas eran muy importantes. El Gobierno es tan necesario para ayudar a la sociedad a conservar el medioambiente y la salud pública como lo es para mantener la estabilidad macroeconómica. [*Ibidem*: 62]¹⁴

La evolución de Stiglitz es paradigmática para entender las novedades que explican el radicalismo o la intensidad de *la marea retrógrada actual*. Si tenemos en cuenta que la caída de la URSS en 1990 se interpreta como un triunfo sin paliativos del sistema capitalista, se entiende el optimismo multilateral de la década de los 90 y las esperanzas de un mundo mejor que fueron potenciadas por organismos internacionales como la ONU, la UNESCO o la OMS. Baste recordar que en el año 2000 se formularon los ocho primeros *Objetivos de Desarrollo del Milenio* a conseguir en el 2015, que pretendían erradicar el hambre y la pobreza en el mundo, alcanzar la paz mundial y «salud para todos». Contagiado por el espíritu de la época yo mismo, comprometido como estaba con la ética laica global que proponíamos desde la Academia de Humanismo, me enrolé con más intensidad en el Movimiento por la Paz el Desarme y la Libertad (MPDL) junto a Francisca Sauquillo, los ya mencionados Aldecoa y Matala Kabangu —que editaban *Tiempo de Paz*—, Primitivo Cancio, Javier Grossi y Román García Fernández —colegas de Asturias—, José Antonio Díaz de Canarias, Agustín Gavín de Aragón, Javier Martín de Extremadura y otros muchos compañeros y compañeras que merecerían ser nombrados por sus esfuerzos continuados en pro de una justicia universal desde las trincheras de la cooperación al desarrollo. Francis Fukuyama celebraba el *fin de la historia*, en el que la economía de mercado y la democracia liberal se imponían en el mundo por aquella época optimista, si bien en la administración del presidente Clinton pugnaban ya dos tendencias contrapuestas: la de quienes se centraban en el *medioambiente*, la desigualdad y la competitividad de la economía como tareas, y la de los que se fijaban en la deuda, los tipos de interés y la *desregulación* como mecanismos para desatar la prosperidad y el crecimiento. Stiglitz nos ha contado esta historia en un libro (Stiglitz, 2003).

¹⁴ La importancia de las externalidades obliga a replantear el concepto de libertad, pues la libertad constitucional de tener armas de fuego tiene consecuencias públicas nefastas: «Con frecuencia, la libertad de los propietarios de armas ha significado la muerte de los niños y los adultos asesinados en tiroteos masivos», Stiglitz (2025: 68).

Es, sobre todo, desde este contexto activista desde donde he venido estudiando en diversas publicaciones la evolución que nos ha traído hasta el momento de *contracción sistólica conservadora* actual en sintonía con lo señalado por Stiglitz, Amartya Sen o el propio Thomas Piketty, por citar a los economistas más críticos con el neoliberalismo triunfante, cuyos representantes son Hayek, Milton Friedman y sus *Chicago Boys*¹⁵. Contra los dos dogmas fundamentales del neoliberalismo, a saber: 1) que «el libre mercado sin regulación alguna es la única garantía para el bienestar de todos» y 2) «que la única responsabilidad social de las empresas es ganar dinero para sus accionistas», los hechos venían desencadenando continuas crisis financieras que las políticas monetaristas eran incapaces de controlar por sí mismas sin la enérgica intervención de los Estados para enmendar las pifias del capital. Esta contradicción del neoliberalismo que, por un lado, exigía adelgazar el Estado mientras por otro, despilfarraba sus recursos en guerras ideológicas cuando alcanzaban el poder era un argumento recurrente entre los que apostábamos por el pacifismo.

Para simplificar al máximo resumiré en cuatro acontecimientos dramáticos las sucesivas vueltas de tuerca que han propiciado las peculiaridades de la *sístole retrógrada actual* que Stiglitz califica como simple *malestar*. Ya he citado el atentado terrorista del «11-S» de 2001 que trajo aparejada la guerra del Golfo y la caída del régimen laico y progresista de Saddam Hussein en Irak así como la crisis financiera de 2007, que dio artillería a las políticas neoliberales para imponer restricciones *austericidas* a la mayoría de la población para salvar los abusos de las minorías del capital financiero en la primera década del siglo XXI. Dos publicaciones realizadas al finalizar la década, una denunciando las repercusiones negativas que ambos acontecimientos habían tenido sobre la Ayuda Oficial al Desarrollo y demás políticas internacionales de tipo progresista, y otra señalando las falsedades de la globalización cuando se tenía en cuenta la regionalización de las acciones que imponían los propios territorios sobre las que se ejercían las actividades humanas señalan claramente la dirección ultraconservadora de la época que estábamos viviendo.

Los otros dos acontecimientos son la pandemia del COVID-19 (que permite discriminar con claridad las repuestas liberales como las de Trump y Bolsonaro frente

¹⁵ V. Piketty (2014 y 2019); del premio nobel de economía en 1998 Amartya Sen v. Sen (2013 y 2021). Y de Joseph Stiglitz (2002, segunda edición revisada en 2020a), y también Stiglitz (2020b).

a las de la Unión Europea (UE), por ejemplo) y las guerras israelitas contra Gaza e Irán, que vienen a continuar los conflictos regionales que se destaparon en 2001, pero cuyas raíces ancestrales siguen ocultas.

¿Hasta qué punto esos acontecimientos tienen algo que ver con la propia competitividad entre las empresas que han logrado abrir nuevos mercados entre colectivos tradicionalmente marginados como negros, mujeres, inmigrantes, pobres, *hippies*, homosexuales y otros grupos marginales similares, y que parecen conducir la globalización en una dirección distinta a la de los neoliberales? La publicación en 2002 de *Globalization and Its Discontents* (traducido en España como *El malestar en la globalización*) era en realidad una larga carta de dimisión del Banco Mundial, en la que Stiglitz criticaba duramente el orden comercial mundial neoliberal establecido por el *consenso de Washington*. En ese punto se produce ya el enfrentamiento con sus colegas neoliberales, que respondieron a la ruptura de este consenso, no con propuestas de un régimen comercial mundial más justo, sino con un nacionalismo económico más musculoso y militarista: el *América First*. Pero ¿por qué Stiglitz es considerado como *woke*? Porque, en lugar de defender el principio de igualdad como superior, a semejanza del socialismo marxista tradicional, ataca el principio fundamental no solo del neoliberalismo, sino de la filosofía política liberal: la *fetichización de la elección individual*. Recuérdese que tras la debacle de la URSS cobró fuerza la opción del *marxismo de la elección racional* (MER) que parecía aceptar la importancia del mercado, por un lado, y por otro la teoría de los juegos y el individualismo metodológico para explicar las cuestiones clave del materialismo histórico¹⁶. El liberalismo clásico valora los mercados porque son las máquinas de satisfacción de las *preferencias individuales* por excelencia: con tu propio dinero, eres libre de elegir los bienes que quieras, en las cantidades que puedas permitirte. Por esta razón, la crítica de Stiglitz va contra Hayek, quien considera las decisiones de consumo equivalentes al voto político: los mercados no juzgan, sino que respetan nuestras preferencias individuales. El atractivo real sobre los jóvenes en una sociedad pluralista de gustos e incluso valores diversos es que

¹⁶ Un panorama de las incertidumbres del socialismo igualitario puede leerse en el número de *Papeles de la FIM* coordinado por Manuel Ballester y Francisco José Martínez (1993) «El marxismo después del diluvio», que consta de un dossier con artículos de Nelson Martínez Diez, Ellen Meiksins Wood, Abdel Aziz Labid y Gabriel García Vargas además de los trabajos de ambos coordinadores y otros tres artículos complementarios de Luis Martínez de Velasco, Ramón Maíz y Miguel Manzanera.

permite a cada individuo elegir una vida personalizada entre las diversas opciones a la venta. La expresión muy extendida de «No me lo puedo permitir» es el síntoma más claro de que el sistema descarga sobre el individuo las frustraciones que él mismo provoca.

Sin embargo, aunque Stiglitz encuentra defectos en esta visión liberal, no interpreta la economía en términos marxistas. Marx había sostenido que la causa última del fracaso de la economía estaba en la explotación de los trabajadores. Para Stiglitz es cierto que el neoliberalismo favorece más el *derecho a explotar* que el *derecho a elegir* y que la nueva economía digital abre nuevas vías de explotación, pero la solución no está en suprimir la propiedad privada, sino en regular el equilibrio entre la búsqueda de las rentas y las *trade-offs* o compensaciones obtenidas evitando que *la libertad de una persona se convierta en la falta de libertad de otra*. El *capitalismo progresista* no consiste sólo en limitar el conjunto de oportunidades del explotador, sino en ampliar el conjunto de oportunidades de la mayoría. No se trata de poner semáforos en rojo para constreñir a los explotadores, sino en que las normas de tráfico favorezcan la circulación de las rentas en beneficio de la sociedad en su conjunto.

Schumpeter había creído que la economía fracasaba por los riesgos innecesarios asumidos por los capitalistas. Para Stiglitz no se trata de negar la existencia del capitalismo porque no coincide con la visión que los capitalistas tienen de él (como arguye también Pérez Herranz comentando un ingenioso libro postmarxista de Juan Ponte¹⁷), sino promocionar regulaciones laborales, de consumo y financieras que impidan aprovecharse de las asimetrías de información y otras formas de explotación que practican los capitalistas en los mercados desregulados a los que se han apuntado en los felices años noventa tanto las derechas como la tercera vía de los socialdemócratas. A diferencia de Amartya Sen y de Thomas Piketty, que centran en las *desigualdades* sus críticas al neoliberalismo, Stiglitz, aunque también investiga el «precio de la desigualdad» e insiste en la gran brecha que divide a las sociedades desiguales, funda su modelo del *capitalismo progresista sobre la libertad* como hacía también Adam Smith, pero vindica políticas gubernamentales sólidas para *limitar* la riqueza y el poder privados en aras de la libertad para todos. De ahí que, al igual que

¹⁷ V. Juan Ponte (2024) y el interesante comentario-interpretación *pro domo sua* realizado por Fernando Pérez Herranz (2025).

los socialdemócratas, diseña políticas redistributivas, políticas antimonopolio y reguladoras para domar el poder corporativo y conseguir el apoyo a los sindicatos (Stiglitz, 2012 y 2015). Es cierto que Stiglitz no acude a las *clases sociales* como motor de la historia, pero se esfuerza por subrayar la importancia de las cooperativas de trabajadores y de las empresas sin ánimo de lucro en su visión del capitalismo colectivo, acercándose a un argumento a favor de la desmercantilización de los bienes y servicios que se producirían mal o insuficientemente por empresas con ánimo de lucro, como el trabajo de cuidados demuestra. Puesto que había explicado el fracaso de los sistemas comunistas, no tanto como una derrota ideológica, de lo que muchos interpretaban como *capitalismo de Estado*, sino por razones técnicas al carecer el Estado de información completa para controlar el mercado, su vinculación con la sociología política es inevitable.

Y es que, si bien no puede cuestionarse la validez matemática de los teoremas de Stiglitz, Greenwald, Sappington, etc., sus implicaciones prácticas para la economía política y su aplicación a las políticas económicas ocupan el centro del debate en lo que él llama *la era del malestar* y yo caracterizo como *fase de la marea retrógrada*, una marea que obliga al mismo Stiglitz a estar continuamente adaptando su propio discurso político-económico para mantenerse a flote, como se puede apreciar en la evolución de sus posturas inicialmente declaradas en *Whither Socialism?* (1994) a sus nuevas posiciones presentadas en sus posteriores publicaciones¹⁸. En la ya mencionada obra *El malestar en la globalización* (2002) dedica tres capítulos enteros a explicar los fracasos del FMI en sus intentos de transitar del centralismo estatal hacia el mercado libre. Tras analizar en el capítulo quinto los tres errores económicos (liberalización de los precios, políticas restrictivas para evitar la hiperinflación y privatización de las empresas estatales que propició la fuga de capitales), añade en el capítulo sexto los errores geoestratégicos de la administración Clinton, que usó el rescate financiero para garantizar el triunfo político de Boris Yeltsin. Mientras en el caso ruso fracasaron la economía y la política, pues quienes se aprovecharon del dinero y la situación fueron Putin del KGB y los funcionarios del *Gosplan* (Comité Estatal de Planificación de la

¹⁸ ¿A dónde va el socialismo?, podríamos traducir, es una obra en la que ya rechaza los modelos neoclásicos para explicar el colapso de la URSS y presenta un modelo alternativo, basado en la información económica disponible para guiar la transición del sistema aprovechando las capacidades de intervención del Estado.

Unión Soviética), Stiglitz valora positivamente la estrategia *gradualista* que siguieron Polonia y, sobre todo, China cuyo crecimiento económico sigue valorando positivamente todavía en 2025 por seguir sus directrices y consejos económicos, tanto por lo que se refiere a la reducción de la pobreza como a su estrategia política de invertir en ciencia y tecnología en lugar de gastar el presupuesto en la industria armamentista.

Mucho debemos a Stiglitz para entender por qué funcionan tan mal las instituciones financieras internacionales por falta de información y de controles independientes, pero, sobre todo, más le deben los economistas por haberles enseñado a manejar modelos formales y predecir con ellos los conflictos con la economía real. Los alumnos del profesor de Indiana tanto en la Universidad de Columbia, de Stanford o de Manchester que estudian sus manuales aprenden a manejar el modelo económico canónico que pretende demostrar la superioridad de los mercados libres sin restricciones; después introducen una imperfección del mercado aparentemente menor, una *externalidad*, contratos incompletos o, más a menudo, información imperfecta, y así demuestran la facilidad con la que las ortodoxias estándar se desmoronan cuando se exponen a la realidad. También aprenden que las limitaciones impuestas a los agentes económicos individuales, o incluso una coerción leve (como obligar a todo el mundo a pagar impuestos o a vacunarse), aumentan en realidad el bienestar de todos. Gracias a él, los economistas aparentan hablar el mismo lenguaje y gracias al uso de modelos matematizables parecen una profesión unificada a resguardo de disputas filosóficas. Galardonado con el primer Premio Nobel de Economía del siglo XXI, parece haberse puesto a resguardo de las descalificaciones epistemológicas de su disciplina como la de Bunge.

En mi tesis me hago eco de la pregunta del también Premio Nobel de Economía en 1978 H. A. Simon, «¿Cuánta psicología necesita la economía?»; Stiglitz responde veinte años después: «Mucha y muy repartida». El colapso del sistema soviético demostró que las afirmaciones descriptivas del criterio de eficiencia de Pareto no se aplican al mundo real y lo mismo ocurrió con las políticas ultraliberales del *Tesoro* aplicadas por Alan Greenspan en EEUU. Por ello, el uso de Stiglitz de los presupuestos de equilibrio con expectativas racionales para alcanzar una comprensión del capitalismo más realista que la usual entre los teóricos de las expectativas racionales lleva,

paradójicamente, a la conclusión de que el capitalismo se desvía del modelo de una manera que justifica una intervención estatal como remedio. H. A. Simon, al criticar el modelo del *Homo oeconomicus* omnisciente y enunciar el principio de racionalidad limitada en los modelos que tenían en cuenta la doble naturaleza (racional y social) humana, anticipa la nueva economía conductual del siglo XXI que Stiglitz expone minuciosamente en la segunda parte de su *Camino de libertad*¹⁹.

Las ideas de Stiglitz defienden la necesidad de una economía aún más intervencionista que la de su maestro Samuelson, quien trataba los fallos del mercado como meras excepciones a la regla general de mercados eficientes. Pero el teorema de Greenwald-Stiglitz demuestra que los fallos del mercado son la norma, estableciendo que el gobierno podría casi siempre mejorar el reparto de los recursos del mercado. Y el teorema de Sappington-Stiglitz establece que un gobierno ideal podría actuar mejor al dirigir una empresa por sí mismo que a través de la privatización, como el caso chino está demostrando. No hace falta diseñar un modelo teórico alternativo para señalar los errores del modelo estándar y demostrar las incongruencias de las soluciones políticas habilitadas al respecto que ignoran la ubicuidad de las externalidades:

Estados Unidos entró en guerra como respuesta a los atentados del World Trade Center y el Pentágono que tuvieron lugar el 11 de septiembre de 2001. Algo menos de tres mil personas murieron en este ataque. En la guerra posterior murieron unos siete mil estadounidenses, más de cien mil combatientes aliados y millones de afganos e iraquíes; costó billones de dólares. Durante las dos primeras décadas de este siglo, se calcula que el cambio climático y la contaminación atmosférica

¹⁹ «Durante doscientos años, la economía dominante no sólo actuó como si los individuos estuviesen “preformados”, sino como si fuesen infinitamente racionales y estuvieran perfectamente bien informados [...]. El modelo estándar presentaba a los seres humanos como calculadoras insensibles, que sopesaban los costes y los beneficios de cada acto. Los propios economistas parecían una especie extraña, algo esquizofrénica, porque sabían que aquellos con quienes interactuaban y los sujetos a los que en la teoría estudiaban eran muy diferentes de los humanos descritos en sus modelos. Las personas que suponían en sus modelos eran más egoístas que la mayoría de la gente [...]. La economía conductual del siglo XXI ha sostenido que las principales desviaciones respecto a las hipótesis estándar de los economistas no eran sólo que los individuos tenían limitaciones cognitivas y a veces debían tomar decisiones con demasiada rapidez, sino que sabían imperfectamente lo que querían y que lo que querían era voluble», Stiglitz (2025: 164-165). Stiglitz promete ampliar sus ideas sobre la economía conductual en Karla Hoff, Allison Demeritt y J. E. Stiglitz, *The Other Invisible Hand*, de próxima publicación, donde profundizará en la distinción entre preferencias (lo que nos gusta y queremos) y creencias. Para un anticipo de las ideas de Simon cf. Hidalgo (1978).

han causado cinco millones de muertes adicionales cada año, y existe el riesgo de que en las próximas aumente la mortalidad y se produzcan enormes pérdidas materiales. [Stiglitz, 2025: 69]²⁰

Y a pesar de los riesgos crecientes de las políticas conservadoras y neoliberales, la *marea retrógrada* sigue subiendo con el apoyo incluso de las poblaciones perjudicadas gracias al éxito de la desinformación y de la información errónea difundida por los medios de comunicación y las plataformas descaradamente controladas por el mercado.

No es preciso insistir más en esta introducción sobre la peligrosa coyuntura ultraconservadora de nuestro presente que parece confirmar el descubrimiento de los ciclos histórico-culturales de mi tesis que nos han colocado en una fase *sistólica de contracción*. Si me he entretenido en apelar al mensaje de resistencia del buen economista Stiglitz que también observa cómo el poder económico concentrado genera un poder político concentrado, cuya mayor amenaza es la distopía del publicista Trump «en la que ciertas empresas del sector privado tienen un poder casi orwelliano para conformarnos, incluido el poder de convencer a los demás para que les permitan seguir sin control», es porque abriga la esperanza de que al final «estas poderosas innovaciones estén al servicio de la sociedad» (Stiglitz, 2025: 208).

Ahora bien, las objeciones para una adopción amplia de sus posiciones sugieren que los descubrimientos de Stiglitz no provienen de la economía en sí, sino más bien de la ciencia política; y, por tanto, se encuentran en el campo de la sociología del conocimiento en la medida en que, como el mismo reconoce, Hayek, Friedman y los ultraconservadores, cuando fracasan con sus políticas y recetas no se retractan, sino que mantienen el *fundamentalismo del mercado* ideológicamente como una especie de religión, es decir, como una ideología. En realidad, la equilibrada posición de Stiglitz intenta posicionarse entre el socialismo marxista que sigue apelando a los análisis teóricos de Marx para atacar la *economía de casino* del monetarismo neoliberal —pero se ve obligado a reconocer tanto la función de los mercados como la necesidad de la libertad para fundar la elección racional de los agentes individuales— y el individualismo metodológico de los marginalistas de la escuela austriaca que usan también la matemática para sus análisis económicos.

²⁰ V. tb. Stiglitz y Bilmes (2008) y Zhao *et al.* (2021).

No voy a discutir en detalle la opción del marxismo analítico como estrategia teórica mediante la que los economistas exsocialistas vinieron a avivar la confianza de sus antiguos enemigos, los liberales, en el mercado. El ataque de Stiglitz a los mercados, al ser interno, resulta más radical. Tampoco voy a exponer con detalle su confrontación con la escuela austriaca de pensamiento económico, cuya metodología matemática comparte. Es ilustrativa en este sentido la crítica de su colega David L. Prychitko, a su obra *Whither Socialism?* A este discípulo de Carl Menger partidario del «individualismo metodológico» y de la teoría del valor subjetivo, aunque suscribe la percepción económica principal de Stiglitz, le reprocha contaminar la argumentación económica con cuestiones sociológicas y políticas, de modo que deja abierta la discusión sobre las cuestiones constitucionales, tales como de qué manera las instituciones del Estado deberían constreñir y cuál es la relación entre el Estado y la sociedad civil. Para los marginalistas que critican también a Milton Friedman por el intervencionismo estatal en la política monetaria es criticable todo intento de fijar precios por decreto o por la intervención planificada del Estado. En eso dan la razón a Hayek, pero se apartan de Friedman al subrayar que la libertad de acción puede tener consecuencias institucionales imprevistas, por lo que rechazan toda intervención como un atentado epistemológico y moral contra la libertad.

Stiglitz, por el contrario, sostiene «que los ingresos del mercado de las personas —los ingresos que obtienen en la economía de mercado, ya sea de salarios, dividendos, ganancias de capital u otras fuentes— tienen escasa o nula primacía moral y, por lo tanto, la razón moral para no gravar esos ingresos es escasa o nula» (2025: 30). Lo que pasa es que los pobres tienen menos libertad y por eso los impuestos y la coerción pueden aumentar la libertad de todos. Hay que superar el dilema del prisionero y el problema del gorrón. El mayor error de la derecha es no admitir que la libertad de una persona es la falta de libertad de otra. Otro es no reconocer el enorme valor positivo que tiene el gasto público, que solo puede financiarse con impuestos. Y el tercero es no asumir el valor de la coordinación coercitiva. Si todo el mundo intenta ser un gorrón, entonces no habrá ningún bien público: «obligar a los ciudadanos a pagar impuestos para proporcionar bienes públicos amplía las opciones de libertad individual de todos ellos, aunque pueda parecer que las restringe» (*ib.*: 95).

Las implicaciones de algunas de estas ideas de largo alcance podrían tomarse en una dirección bastante radical, pero Stiglitz las expresa en el lenguaje suave del tecnócrata de centroizquierda. En lugar de convocar a la revolución, Stiglitz señala que los mercados tienen el defecto de asignar los bienes en función de la capacidad de pago, por lo que las preferencias de las personas sin dinero se frustran siempre. La desigualdad de poder obliga a las personas a aceptar contratos coercitivos, desde acuerdos de confidencialidad o de no competencia hasta la servidumbre. Por eso los mercados coaccionan a la vez que liberan: la «disciplina de mercado» que celebran los neoliberales limita la libertad de elegir acciones o realizar inversiones que son socialmente beneficiosas, pero no parecen rentables. Pero Stiglitz va más allá al criticar los principios básicos del liberalismo y no sólo sus excesos. Los mercados no solo limitan la libertad de elección, sino que moldean las preferencias de los ciudadanos. No nacemos con nuestras preferencias, sino que están condicionadas por nuestras experiencias sociales, de modo que determinan hasta qué tipo de personas queremos ser. Satisfacer ese tipo de preferencias requiere una acción colectiva para crear los entornos sociales que fomenten las creencias, valores y preferencias que nos gustaría tener.

Visto así las cosas se entienden las proclamas de la izquierda en la Unión Europea que quieren una Europa de los ciudadanos y no una Europa de los mercaderes, o los ataques de la Comisión Federal de Comercio contra las comisiones basura, las cláusulas de cancelación confusas y otras tácticas de estafadores y tramposos.

Pero ¿basta con eso? Con las leyes en vigor, ¿acaso no gozan de ventajas los poderosos para considerar una violación de la libertad de mercado, lo que no son más que requisitos previos para instaurar la justicia social? Es cierto que la agenda positiva de Stiglitz incluye políticas gubernamentales sólidas para limitar la riqueza y el poder privados en aras de la libertad para todos, incluidas políticas redistributivas, políticas antimonopolio y reguladoras para domar el poder corporativo y el apoyo a los sindicatos. Pero Stiglitz formula su visión del *capitalismo colectivo* porque la *sístole retrógrada* que observa en su país provocada por un mercado desatado con ánimo de lucro:

[...] se dirige hacia el fascismo. Por supuesto, —matiza— es imposible saber si esta versión del siglo XXI adoptará el mismo giro desagradable que alguno de los peores fascismos del siglo XX. Lo

que sí sabemos es que Trump y otros líderes del Partido Republicano han diseminado ideas nacionalistas extremas y han apelado de manera encubierta, y a veces casi manifiesta, al racismo y al autoritarismo.

Lo que en 2024 era una amenaza, se ha convertido en una terrorífica realidad desde la toma de posesión de Trump en enero de 2025. Ya no estamos en un escenario de lucha por el lenguaje, desde la inicial *awake* o toma de conciencia sobre la discriminación racial y otros temas sociales y políticos, pero en especial contra la violencia policial que afecta a los afrodescendientes según el movimiento Black Lives Matter, sino de políticas efectivas de poder que impone a la fuerza una agenda ultraconservadora, como la expulsión masiva de emigrantes y la construcción de muros fronterizos.

§ 3. Resistencias territoriales a la manipulación mediática

Cuando defendí esta tesis doctoral en 1989, estábamos muy lejos del aterrador escenario que atisbamos en 2025. Ni el director de la tesis Gustavo Bueno (1924-2016), que todavía abrigaba la esperanza de no ver derrumbarse el bloque socialista como un castillo de naipes, ni Vidal Peña (presidente), ni Julián Velarde (secretario), ni siquiera Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, ni Javier de Lorenzo, que vinieron de la Universidad de Valladolid, ni el matemático Antonio González Carlomán (1928-2016), pese a otorgarme la máxima calificación que me permitió ganar el Premio Extraordinario de Doctorado repararon en la amenaza implícita que contenía la periodización en ciclos de sístoles y diástoles que allí se exponía. Si acudo ahora al Premio Nobel de Economía J. Stiglitz no es solo porque analiza correctamente el significado de los cuatro fenómenos que han jalonado la deriva retrógrada actual, sino, sobre todo, porque ha visto con meridiana claridad que «el poder de los mercados en los medios de comunicación ha provocado los daños sociales que la desinformación y la información errónea tienen sobre la opinión pública y la polarización política»²¹. Sin embargo, las recetas que propone pecan de esa ingenuidad occidental que confía en la «verdad» y

²¹ Véase al respecto el capítulo noveno de Stiglitz (2025: 184-208) «La conformación coordinada de los individuos y sus creencias», y en particular el epígrafe «El poder del mercado de las redes sociales» (*ib.*: 192 y ss.) que explica por qué la polarización es rentable.

en su «globalización» gracias al triunfo de la ciencia como forma de conocimiento superior. ¿Se trata de una mera creencia gnóstica como sugiere Pérez Herranz? Baste una cita para excluirlo:

Regular los múltiples daños sociales que generan las redes sociales es difícil, en parte por consideraciones relacionadas con la libertad de expresión y de prensa. Pero regular el poder de mercado es algo más fácil. La Unión Europea ha adoptado un enfoque global para regular el cambiante panorama tecnológico con la Ley de Mercados Digitales (LMD), aprobada en 2022, que intenta limitar el poder de mercado. La LMD complementa otras medidas de la Unión Europea sobre la privacidad y los daños sociales. [Stiglitz, 2025: 206]

¿Por qué más fácil? Stiglitz confía en la científicidad de la ciencia económica y en la intervención política de una ciudadanía bien informada, es decir, formada científicamente que sea capaz de discriminar críticamente entre verdad científica y manipulación ideológica. En esa confianza parece coincidir con las recetas propugnadas por Habermas.

Pues bien, el problema de la marea retrógrada actual no son ya las políticas fascistas promovidas por líderes descerebrados, sino la credulidad de un público de votantes plagado de *terraplanistas*, antivacunas, adoradores de ídolos y creyentes en el ocultismo y la magia que, lejos de estudiar, siguen presos de la influencia pseudocientífica de gigantes digitales que alimentan los prejuicios individuales mediante potentes algoritmos que afianzan cada vez más el poder de una supuesta *inteligencia artificial* en manos de perversos programadores. Por lo que recuerdo, el debate que siguió a mi tesis se centró más en cuestiones epistemológicas sobre el estatuto de la matemática en la construcción científica y en la explicación del declive de la URSS como consecuencia de la lucha intestina entre las burocracias militares, planificadoras y de espionaje, que en los ciclos históricos subyacentes de los que la propia teoría de la ciencia aparecía como un termómetro externo. Como quiera que no hubo economistas ni sociólogos en el tribunal, sino lógicos y matemáticos las cuestiones planteadas por el posible cierre categorial de las ciencias de la administración, por Weber sobre la burocracia y por Hegel en torno a la dialéctica, se llevaron el gato al agua. Entre los miembros del tribunal el único que parece ocuparse en serio de la economía hasta el punto de haber modificado el propio orden

epistemológico de las ciencias es Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, a quien sigo en su propuesta fenomenológica de establecer una correspondencia homológica entre lo intencional y lo natural, que le ha permitido dar la batuta de la inteligibilidad de lo humano desde donde se despliegan las estructuras eidéticas para dominar el despliegue naturalista que es ciego *per se*. Desde esta perspectiva, no solo se logra superar tanto el naturalismo como el eidetismo, sino que se concede prioridad a las ciencias humanas en las que se puede ubicar lo que él llama:

La segunda partición de la humanidad, la partición política, [que] da lugar a tercer grupo de ciencias humanas, después de las ciencias sociológicas y de las ciencias culturales; es el grupo de la política, la economía y el derecho. [Sánchez Ortiz de Urbina, 2021: 226-227]²²

¿Y qué dice Urbina de la economía en esta tercera década del siglo XXI? Siguiendo a Piketty más que a Stiglitz, diagnostica, sin embargo, lo siguiente sobre las ineficiencias estructurales del mercado:

Si el mercado deja de ser eficiente, la economía acaba siendo realmente una *ciencia lúgubre* y, lo que es más grave, la especulación desaforada empieza a afectar al recurso definitivo del que dispone la humanidad: el propio planeta. Cuando las llamadas *externalidades*, los efectos secundarios del desarrollo económico, consisten en el calentamiento global del planeta, quiere decirse que la economía debe subordinarse sin más, a la política. Si esto ocurre, se acaba la omnipotencia de las finanzas sin regulación y se acaba el desenfreno del empresariado. Se abriría un nuevo modelo de capitalismo y de mercado; cambiaría el objetivo empresarial: no sólo generar riqueza, sino contribuir a la mejora del cambio climático y a nivelar la desigualdad. Sería entonces el propio mercado el impulsor de ese cambio de valores. [*Ib.*: 234]

No es mi objetivo en esta introducción fomentar una suerte de pesimismo antropológico, del que hacía gala Marc Richir (1943-2015), por ejemplo, que nos puede inducir al suicidio. Pero el optimismo que transpiran tanto la epistemología de Urbina, que suscribo íntegramente, como el capitalismo progresista de Stiglitz, que apuesta por incrementar el papel del Estado y de la socialdemocracia en el empeño de moldear a las personas con una educación crítica y liberal, que también apoyo, deben corregirse

²² En alguna de mis publicaciones en el siglo XXI he seguido la evolución del materialismo fenomenológico de Urbina, en especial *cf.* Hidalgo (2014, 2021 y 2025).

con una última observación realista. La única razón por la que creo que la actual marea retrógrada no será capaz de destruir todo lo conseguido se basa en el *velo de ignorancia* que todavía nos envuelve. Y es que la historia no es tan lineal como describen los procesos globalizadores, sino que depende críticamente de la regionalización y del territorio, así como de los actores que resisten no sólo en Gaza, Palestina, en las oenegés, fuerzas y movimientos sociales de todos los países como he intentado mostrar en el artículo de 2010 citado atrás al respecto.

Tampoco me parece que baste cancelar la arrogancia feudal nacional europea en la que Fernando Pérez Herranz cifra un nuevo horizonte no gnóstico, porque depende demasiado de unas «hipercategorías» históricas (Rutas, Fronteras y Singularidades Históricas), cuya pretensión universalista no les impide ser globalizadoras. Aun siendo cierto el fracaso de las naciones y los imperios europeos tras las dos guerras mundiales, son muy dudosos los posibles modelos alternativos que sugiere para intentar superar una Europa transida por multiculturalismos étnicos, nacionalismos, racismos y nostalgias imperialistas. Ni la Europa futura con una «identidad marrana», que Donatella di Cesare sugiere al contraponerla al proyecto gnóstico de Heidegger, ni Pérez Herranz que propone neutralizar todo posible gnosticismo mediante unos *Estados Europeos Tornadizos*, que admitan las rutas que abren los otros (muchos de ellos antiguos colonizados suyos) y que sepan valorar lo mejor de otras culturas y religiones, además de aportar al resto del mundo los hallazgos más valiosos de la historia europea (desde el derecho romano y la cultura cristiana hasta el *ius communicationis* del padre Vitoria, la *Common Law*, la defensa del *habeas corpus* y la ciencia y la técnica, pasando por la actitud intelectual y política de los judíos conversos de la Hispania de los siglos XVI y XVII que dio lugar a una literatura universal única en Europa). Es muy cierto que un *republicanismo tornadizo* europeo que diseña el autor permitiría olvidar para siempre su antigua arrogancia feudal, estableciendo procesos educativos y políticos que tiendan hacia la universalización de todas las culturas que se cruzan en Europa, conjugando verbos como *recibir*, *redistribuir*, *educar*, fuera del marco gnóstico Amigo/Enemigo, para generar una nueva Europa que ya no abra rutas, sino que las reciba, que, tras declarar obsoletas las fronteras nacionales, se conciencie de que ha

logrado conformar lo que él llama *una nueva singularidad histórica*²³. ¿Acaso tal singularidad no supone otro proyecto más de globalización judeocristiano occidental?

Sin embargo, no parece que, a juzgar por el actual genocidio que el Estado de Israel en Gaza está ejecutando, esa estrategia superestructural de corte filosófico tenga más efecto que el que siempre tuvo la lucha moral de las oenegés humanitarias que han venido protestando sistemáticamente contra las injusticias, ni que los Estados que actualmente forman la UE asuman alguna responsabilidad histórica por su imperialismo. Baste recordar la tercera fase del imperialismo europeo que asistió a la desintegración de Imperio otomano y que firmó el pacto secreto Sykes-Picot en 1916 entre Reino Unido y Francia (con el visto bueno de Rusia) mediante la que se establecieron zonas de influencia y administración directas en Oriente Próximo, ignorando la *complejidad étnica* y tribal de la región. Francia controlaría Siria y Líbano; Reino Unido, Irak y Transjordania; Palestina quedaría bajo mandato internacional, aunque este nunca se implementó plenamente, abriendo el camino a futuras disputas territoriales. Más de un siglo después la única novedad es la declaración unilateral del Estado de Israel en 1948, pero los conflictos étnicos y tribales siguen perdurando por no habernos percatado de la dialéctica entre *globalización*, *regionalización* y *territorialización* que expuse en 2010 y de la que me permito recitar aquí un par de observaciones, que complementan las dificultades que acechan a la globalización provenientes del nuevo papel que la antropología ecológica está jugando en la recuperación del territorio por parte de las comunidades locales y los movimientos indígenas que, en lugar de desaparecer, se han revitalizado en contra de las tendencias uniformadoras de los imperios. Las observaciones se refieren a los cambios geoestratégicos que están ocurriendo en el siglo XXI.

En primer lugar, recordar el dato de que la crisis financiera ha acelerado la constitución del llamado G-20, en el que las potencias mundiales tradicionales han dejado entrar a las llamadas «potencias medias coadyuvadoras» (PMC) y a las «potencias regionales mediadoras» (PRM). En realidad, el G-20 no es sólo un G-7 ampliado en el que figuraban antes los Estados centrales con proyección mundial en el ámbito de la geopolítica y de la economía. Este grupo de potencias

²³ V. Pérez Herranz (2024). La interpretación alternativa en Di Cesare (2017). Dejando de lado mis discrepancias respecto a la interpretación de Heidegger, para un comentario crítico de índole epistemológica sobre las hipercategorías históricas que aparecen en los dos primeros volúmenes del proyecto de Pérez Herranz, véase Hidalgo (2024).

mundiales que estaban liderados por EEUU durante la Guerra Fría (Japón, Reino Unido, Canadá, Alemania, Francia e Italia) se resquebrajó por el empeño de George Bush jr. en plantear la invasión de Irak sin el respaldo del Consejo de Seguridad. En cualquier caso, a principios del siglo XXI las llamadas «potencias medias coadyuvadoras» (Noruega, Australia, Suecia, España, Holanda, Bélgica, Corea del Sur e Israel), que han ganado su posición gracias a sus capacidades blandas y a su pertenencia a la OCDE, parecen verse obligadas a incrementar sus capacidades duras (hasta intentar aprobar un 5% en gastos de defensa en 2025 presionados por Trump) que las mantiene forzosamente relegadas a un segundo plano²⁴. Sin embargo, es obvio que si la UE sumase sus efectivos de capacidades duras (mediante una unión política efectiva) sería la primera potencia mundial de forma indiscutible (sólo la Europa de los 15 estados sumaría ya —en 2010— un valor superior a los 11 500 billones USA, que no podrían ya superar la unión real del NAFTA). Justamente este mismo proceso de movilidad ascendente parece estar presionando, sobre todo, potencias regionales mediadoras, también invitadas al G-20, pero que a diferencia de las PMC suelen destacar ya por sus capacidades duras entre sus vecinos, lo que les permite proyectarse geopolítica, geoestratégica y económicamente fuera de sus fronteras. Entre ellas (China, Rusia, India, Brasil, México, Polonia, Arabia Saudita, Argentina, Turquía y Sudáfrica) las cuatro primeras parecen aspirar a ser reconocidas como potencias mundiales en los próximos años. [Hidalgo, 2010: 40-41]

Como se sabe en 2006 se constituyó el grupo de los BRIC, como alternativa al G-7 y tras la incorporación de Sudáfrica en 2010, esta asociación de cooperación económica y social no ha dejado de crecer hasta los BRICS-11. Si sumamos los doce países asociados tenemos un conglomerado que aglutina al 51% de la población mundial, el 42% de las reservas en divisas y el 37% del PIB mundial, por no hablar de sus materias primas, de su comercio y de su petróleo.

Las consecuencias de estos cambios geoestratégicos son de índole global y afectan también a la filosofía, a la ideología e incluso a la cooperación científico técnica.

En segundo lugar, —advertía en el artículo de 2010— conviene recordar el mapa centrado en el océano Pacífico para entender que cuando hablamos del sujeto de la globalización en términos del mapa atlántico de la OTAN estamos postulando una suerte de Ego trascendental occidental. Ahora bien, entre las potencias regionales mediadoras se encuentra una cultura y una civilización que ha mantenido una unidad impresionante a lo largo de 3500 años, sin que sus cambios dinásticos y de régimen, las invasiones sufridas y las modas extranjerizantes hayan modificado su escritura, ni su convencimiento de que fueron, son y serán *Zhong guo*, es decir, ‘el país del centro’: lo que llamamos

²⁴ Para una explicación de la distinción entre capacidades duras y blandas, así como para su medición véase el artículo de los mexicanos Alberto Rocha y Daniel Morales (2008).

China, cuyo Ego trascendental ya usaba el sistema métrico decimal 2300 años antes de que tuviéramos noticias de él en el Occidente cristiano. Entiéndase bien mi argumento. No estoy sosteniendo la superioridad real del Ego trascendental taoísta sobre, por ejemplo, el kantiano, sino que, dialécticamente, estoy negando que pueda apoyarse la necesidad de ningún Ego trascendental sobre bases territoriales. [*Ib.*: 41]²⁵

Bastaría repasar las complejas relaciones entre Shanghái y China en el siglo XXI para entender que hay formas de cooperación mucho más complejas que las puramente comerciales y militares. Por ejemplo, la *Declaración de Singapur* se basa en cuatro principios fundamentales: la honestidad, la responsabilidad, la transparencia y la imparcialidad en la investigación. El cumplimiento de estos principios es esencial para entender por ejemplo, cómo y por qué Singapur pasó de ser una isla pobre a convertirse en el cuarto país más rico del mundo en un tiempo récord.

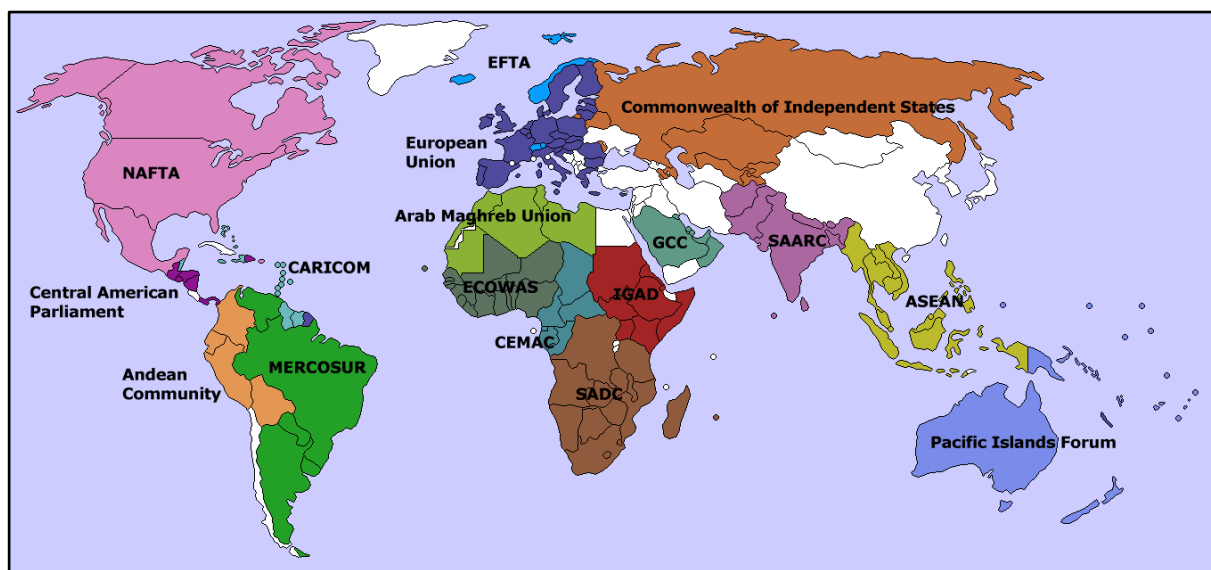


FIGURA 1: Sistemas de integración regional en el siglo XXI²⁶

Aunque, como se nota en las citas, la crítica a la globalización está permeada por el debate ontológico acerca del Ego Trascendental, cuando el debate aterriza sobre o se refiere a los egos corpóreos, se ve claramente limitado por los territorios. Por mucho

²⁵ Las referencias clásicas a la importancia de la civilización china que cito son: Needham (1960-1985), *Science and Civilization in China*. Cambridge University Press, 25 vols. la obra de referencia, también Needham (1977). Para un informe completo de divulgación, v. VVAA (2002).

²⁶ Fuente: Myriam Redondo Escudero, *Globograma: Mundo, Comunicación, Tecnología, «Descolonización y regionalismo»*, <<https://www.globograma.es/aula-descolonizacion-y-regionalismo/>>, [07/02/2010].

que hoy tengamos la impresión tecnológica de que estamos en el ciberespacio, el mapa de la distribución del globo en regiones que reproducía en el trabajo citado sigue teniendo vigencia (v. Figura 1).

Es cierto que la tendencia por la que la mayoría de los estados nacionales se encontraban inmersos en procesos de integración regional en 2010, siguiendo, por cierto, la senda marcada por la Unión Europea en la década de los 50, está siendo atacada hoy directamente por las políticas arancelarias de Trump, quien predica desde esta perspectiva que la UE nació «para fastidiar a USA», pero a día de hoy China, como primera potencia económica, marca con toda claridad el conflicto de fondo que se libra por la hegemonía mundial entre EEUU y China o entre el *consenso de Washington* y lo que podríamos llamar el *consenso de Shanghái*. En este contexto hay que leer la situación de Oriente Próximo y los ataques preventivos de EEUU a Irán, que demuestra hasta qué punto la guerra de 2003 se cerró en falso. Mientras Gaza sigue bajo asedio y los niños palestinos y yemeníes mueren de hambre, el debate sobre el fanatismo o el petróleo son cortinas de humo que ocultan los conflictos territoriales y sepultan profundos conflictos identitarios de sangre que no se resuelven ni con botas en el terreno, ni con drones, ni con tratados firmados a miles de kilómetros de distancia.

Como resume mi amigo José Antonio Díaz (2025) en su colaboración con *El Pollo Urbano* de este verano:

El *quid* de la cuestión, que, por cierto, no se oculta, es, primero, y de forma instrumental (el pago de EE.UU. a Israel), la expansión territorial de Israel (la «Tierra Prometida»: Gaza, Cisjordania y Altos del Golán) y su conformación como actor regional representando a EE.UU. y sus intereses. Y segundo, el que realmente cuenta, es la neutralización de la estrategia de los BRICS en la región por parte de EE.UU. para contener a China, y de camino, a Rusia e Irán (desarrollo completo de los Acuerdos de Abraham).

Bibliografía

- Adda, Jacques (1999), *Globalización de la economía*. Madrid, Sequitur.
- Ballesteros, Manuel y Martínez, Francisco J. (coords.) (1993), *Papeles de la FIM*, n.º 1: «El marxismo después del diluvio». Madrid, FIM, 2.ª época.
- Beck, Ulrich (1998), *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona, Paidós.

- Berlin, Isaiah (2004), *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Madrid, Alianza.
- Browne-Dianis, Judith et al. (2007), *And Injustice for All: Workers' Lives in the Reconstruction of New Orleans*. New Orleans, New Orleans Worker Center for Racial Justice, <<https://workercenterlibrary.org/resources/and-injustice-for-all-workers-lives-in-the-reconstruction-of-new-orleans-2/>>, [03/06/2025].
- Bueno, Gustavo (1999), *España frente a Europa*. Barcelona, Alba.
- Bueno, Gustavo (1972), *Ensayo sobre las categorías de la Economía Política*. Barcelona, La Gaya Ciencia.
- Dehesa, Guillermo de la (2000), *Comprender la globalización*. Madrid, Alianza.
- Di Cesare, Donatella (2017), *Heidegger y los judíos: los Cuadernos negros*. Barcelona, Gedisa.
- Díaz, José Antonio (2025), «La séptima puerta del imperialismo moderno: la guerra en Oriente Próximo», en *El Pollo Urbano*, n.º 245, verano, <<https://www.elpollourbano.es/corresponsales/2025/07/la-septima-puerta-del-imperialismo-moderno-la-guerra-en-orient-proximo/>>, [20/07/2025]
- Dumont, Louis (1982), *Homo aequalis: génesis y apogeo de la ideología económica*. Madrid, Taurus.
- Echevarría, Javier (1997), *Telépolis*. Barcelona, Destino.
- Elster, Jon (1975), *Leibniz et la formation de l'esprit capitaliste*. Paris, Montaigne.
- Estefanía, Joaquín (2000), *Aquí no puede ocurrir: el nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Taurus.
- Estefanía, Joaquín (1996), *La nueva economía: la globalización*. Madrid, Debate.
- Friedmann, Thomas L. (1999), *Tradición versus innovación*. Buenos Aires, Atlántida.
- Forrester, Jay (1961), *Industrial Dynamics*. Massachusetts, The MIT Press.
- George, Susan (2001), *Informe Lugano* (Manuel Vázquez Montalbán, prólg.). Barcelona, Paidós/Intermón Oxfam [1999].
- Giddens, Anthony (2000), *Un mundo desbocado*. Madrid, Taurus.
- Gray, John (2000), *Falso amanecer: las ilusiones del capitalismo global*. Barcelona, Icaria/ [1998].
- Habermas, Jürgen (2024), *El Occidente escindido: pequeños escritos políticos* (José Luis López de Lizaga, trad.). Madrid, Trotta [2004].
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2025), «¿Qué significa “pensar” Por amor al Arte. Ubicando los últimos libros de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina en su contexto filosófico», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 125, pp. 21-86, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.125.976>>, [06/06/2025].
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2024), «La nueva historia de la singularidad europea contada por el tornalindo Fernando Pérez Herranz», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 120, pp. 8-69, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.120.841>>, [07/06/2025].
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2021), «De la dialéctica a la estromatología. Los caminos filosóficos de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina en cuatro flash-back)», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 100, pp. 13-80, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.100.364>>, [06/06/2025].
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2014), «Andamios y viaductos en la cima de la Fenomenología: presentación del libro Estromatología: teoría de los niveles fenomenológicos», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 57, pp.19-22, <<https://old.revistadefilosofia.org/57-02.pdf>>, [03/06/2025].
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2010), «La dialéctica entre globalización, regionalización y territorialización», en *Eikasía, Revista de filosofía*, n.º 31, 78 pp., <<https://old.revistadefilosofia.org/31-06.pdf>>, [20/06/2025].

- Hidalgo Tuñón, Alberto (2007), «El “diseño inteligente” a la luz de la “concurrentia de inducciones” de William Whewell», en Asunción Herrera (coord.), *De animales y hombres. Studia Philosophica*. Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 295-332.
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2005), «Sobre el nexo circular entre sociología y ciencia en Comte», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 0, pp. 4-17, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.01.610>>, [01/07/2025].
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2003), «Bernard Bolzano y la tradición germanófona de la *Wissenschaftlehre*», en *Studia Philosophica* III. Oviedo, Universidad de Oviedo, pp. 67-95.
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2001), «La globalización como fetiche», en *Tiempo de Paz*, n.º 60. Madrid, MPDL, pp. 17-30.
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2000), «Estrategia y miserias del proceso de globalización» en Sergio Rodríguez G. (coord.), *La posibilidad de seguir soñando: las ciencias sociales de Iberoamérica en el umbral del siglo XXI*. Gijón, Literastur.
- Hidalgo Tuñón, Alberto (1993), *Reflexión ética sobre el racismo y la xenofobia: fundamentos teóricos*. Madrid, Editorial Popular/Jóvenes Contra la Intolerancia (JCI).
- Hidalgo Tuñón, Alberto (1978), «El principio de racionalidad limitada de H. A. Simon y el Premio Nobel de Economía», en *El Basilisco*, n.º 4, pp. 68-79. Segunda época, <<https://www.fgbueno.es/bas/pdf/bas10407.pdf>>, [30/06/2025].
- Hidalgo Tuñón, Alberto y otros (2001), *Ciencia, tecnología y sociedad*, 2.ª ed. Sevilla, Algaida [1999].
- Huntington, Samuel P. (2002), *¿Choque de civilizaciones?* (Carmen García Trevijano, trad.; Pedro Martínez Montávez, intro.; Luis Manuel Valdés Villanueva, ed.). Madrid, Tecnos [1993].
- Huntington, Samuel P. (1996), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York, Simon & Shuster [1993]
- International Humanist and Ethical Union (1988), «A Declaration of Interdependence: A New Global Ethics», en *Free Inquiry*, vol. 8, n.º 4, pp. 4-7, <<https://secularhumanism.org/wp-content/uploads/sites/26/2018/05/Free-Inquiry-Vol-08-No-04.pdf>>, [03/07/2025].
- Krupp, Michael (2000), *Globalisierung ist eine Weltanschauung*. Frankfurt am Main, GRIN.
- Lafontaine, Oskar y Müller, C. (1998), *No hay que tener miedo a la globalización: bienestar y trabajo para todos*. Madrid, Sistema.
- Luttwak, Edward (2000), *Turbocapitalismo: quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Barcelona, Crítica.
- Martin, Hans-Peter y Schumann, Harald (1998), *La trampa de la globalización*. Madrid, Taurus.
- McLuhan, Marshall (1998), *La Galaxia Gutenberg: génesis del homo typographicus*. Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores [1962].
- McLuhan, Marshall (1996), *Comprender los medios de comunicación: las extensiones del ser humano*. Barcelona, Paidós [1964].
- McLuhan, Marshall y Fiore, Quentin (2016), *La guerra y la paz en la aldea global* (Jerome Agel, coord.). Buenos Aires, Paidós [1968].
- McLuhan, Marshall y Fiore, Quentin (1969), *El medio es el mensaje: un inventario de efectos*. Buenos Aires, Paidós [1967].
- MPDL (2001), *Tiempo de Paz*, n. 60: «Globalización y pobreza». Madrid, MPDL.
- Mugarik Gabe Nafarroa [Navarra sin Fronteras] (1997), *Bajo el mismo techo: para comprender un mundo global*, 2.ª ed. Bilbao, HEGOIA [1996].
- Needham, Joseph (1977), *Grandeza y miseria de la tradición científica china*. Barcelona, Anagrama.
- Ortega, Andrés (2000), *Horizontes cercanos: guía para un mundo de cambios*. Madrid, Taurus.

- Pérez Herranz, Fernando (2025), «El capitalismo no existe... tal como lo definen los capitalistas», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 129, pp. 195-236, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.129.1133>>, [01/07/2025].
- Pérez Herranz, Fernando (2024), *El fin de la arrogancia feudal-nacional europea: Más allá de imperios y de naciones*, vol. 4. Oviedo, Eikasía.
- Petras, James (1999), *América Latina: de la globalización a la revolución*. Rosario (Argentina), Homo Sapiens.
- Piketty, Thomas (2019), *Capital e ideología*. Barcelona, Deusto.
- Piketty, Thomas (2014), *El capital en el siglo XXI*. México, FCE.
- Ponte, Juan (2024), *El capitalismo no existe: necroteología del mercado*. Gijón, Trea.
- Racionero, Lluís (1987), *España en Europa*. Barcelona, Planeta.
- Ramonet, Ignacio (1996), *Nouveaux pouvoirs, nouveaux maîtres du monde*. Montréal, Fides.
- Rilke, Rainer Maria (1968) *Antología poética* (Jaime Ferreiro Alemparte, trad.). Madrid, Espasa Calpe. Colección Austral.
- Rocha, Alberto y Morales, Daniel E. (2008), «El Sistema Político Internacional de post-Guerra Fría y el rol de las potencias regionales mediadoras: los casos de Brasil y México», en *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. 15, n.º 43, pp. 23-75, <<https://espiral.cucsh.udg.mx/index.php/EEES/article/view/1374>>, [01/07/2025].
- Sánchez Ortiz de Urbina, Ricardo (2021), *Orden oculto: ensayo de una epistemología fenomenológica*. Oviedo, Eikasía.
- Sen, Amartya (2021), *Nuevo examen de la desigualdad*. Madrid, Alianza.
- Sen, Amartya (2013), *La desigualdad económica (edición ampliada con un anexo fundamental de James E. Foster y Amartya Sen)*. Madrid, FCE.
- Soros, George (1999), *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*. Madrid, Debate.
- Stiglitz, Joseph E. (2025), *Camino de libertad: la economía y la buena sociedad*. Madrid, Taurus [2024].
- Stiglitz, Joseph E. (2020a), *El malestar en la globalización (revisitado): la antiglobalización en la era de Trump*. Madrid, Taurus.
- Stiglitz, Joseph E. (2020b), *Capitalismo progresista: la respuesta a la era del malestar*. Madrid, Taurus.
- Stiglitz, Joseph E. (2015), *La gran brecha: qué hacer con las sociedades desiguales*. Madrid, Taurus.
- Stiglitz, Joseph E. (2012), *El precio de la desigualdad: el 1 % de población tiene lo que el 99 % necesita*. Madrid, Taurus.
- Stiglitz, Joseph E. (2003), *Los felices 90: la semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid.
- Stiglitz, Joseph E. (2002), *El malestar en la globalización*. Madrid, Taurus.
- Stiglitz, Joseph E. (1994), *Whither Socialism? (The Wicksell Lectures)*. Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- Stiglitz, Joseph E. y Bilmes, Linda J. (2008), *La guerra de los tres billones de dólares*. Madrid, Taurus.
- Strange, Susan (1999), *Dinero loco: el descontrol del sistema financiero global*. Barcelona, Paidós.
- The World Bank (1995), *Global Economic Prospect and the Developing Countries* (1995). Washington D. F., <<http://documents.worldbank.org/curated/en/668451468765566266>>, [03/06/2025].
- Vidal Villa, José María (1996), *Mundialización. Diez tesis y otros artículos*. Barcelona, Icaria. Col. Antrazyt.
- VVAA (2002), *China, el país de la Gran Muralla*. Madrid, Rueda.

Zhao, Qi; Guo, Yuming; *et al.* (2021), «Global, regional, and national burden of mortality associated with non-optimal ambient temperatures from 2000 to 2019: a three-stage modelling study», en *The Lancet Planetary Health*, vol. 5, is.º 7, pp. 415-425, <<https://www.thelancet.com/action/showPdf?pii=S2542-5196%2821%2900081-4>>, [20/06/2025].

